



► El catequista y su formación

Orientaciones pastorales

► Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

I. REALIDAD DE LOS CATEQUISTAS EN LA IGLESIA ESPAÑOLA, HOY

- A) Datos más sobresalientes
- B) Análisis de las causas

II. LA IDENTIDAD DEL CATEQUISTA

- A) El ministerio o servicio catequético
 - 1. El proceso de la evangelización
 - 2. Los ministros y servicios en el proceso de la evangelización
 - 3. Carácter propio del ministerio o servicio catequético
 - a) Su configuración
 - b) Su tarea propia
 - 4. La catequesis, tarea común y diferenciada
 - a) El seglar en la catequesis
 - b) El religioso en la catequesis
 - c) El sacerdote en la catequesis
 - d) El obispo
- B) La vocación del catequista
 - 1. Llamado por Dios
 - 2. Partícipe de la misión de Jesús, Maestro
 - a) Siguiendo a Jesús, catequista de sus discípulos
 - b) Viviendo el misterio pascual de Jesús
 - 3. Movido por el Espíritu
 - a) Abierto a la acción del Espíritu
 - b) La espiritualidad del catequista
 - 4. Dentro de la Iglesia
 - a) Entroncado en una tradición viva
 - b) Inserto en la comunidad cristiana
 - 5. Al servicio de los hombres
 - a) Apertura del catequista a lo humano
 - b) Al servicio de la maduración personal de la fe
 - 6. Los cauces y signos de la vocación del catequista
 - a) Las necesidades de catequización
 - b) La atracción por la catequesis y las cualidades requeridas para su ejercicio
 - c) La misión conferida al catequista

III. LA FORMACIÓN DE CATEQUISTAS

- 1. Principios inspiradores de la formación de catequistas
 - a) Una responsabilidad de la Iglesia particular
 - b) La relación con la formación de otros agentes evangelizadores
 - c) Realismo y creatividad en la planificación de la formación
 - d) El marco más amplio de una pastoral de catequistas
 - e) La inspiración en una teología del laicado

- f) El concepto de catequesis
 - g) La atención al ser y al quehacer del catequista
 - h) Distintas modalidades y niveles
 - i) Respeto a la cultura popular de muchos catequistas
2. Metas o dimensiones de la formación de catequistas
- a) Conciencia evangelizadora
 - b) Formación bíblico-teológica y formación en la experiencia cristiana
 - Formación bíblico-teológica
 - Formación en la experiencia cristiana
 - c) Conocimiento del hombre y del mundo
 - d) La capacitación pedagógica
 - Las actitudes educativas
 - Las técnicas metodológicas
 - e) Un clima comunitario y de diálogo
 - f) Madurez humana y cristiana
3. Orientaciones para la programación
- a) Evangelización y Catequesis
 - b) Historia de la Salvación
 - c) Síntesis de fe (Símbolo de la fe)
 - d) La vida del cristiano
 - e) Los sacramentos
 - f) La oración
 - g) Conocimiento del hombre
 - h) Pedagogía catequética
4. Algunas modalidades de formación de catequistas
- a) Concienciación de la comunidad cristiana
 - b) Jornadas o cursillos de sensibilización inicial
 - c) Preparación y revisión de la catequesis
 - d) Escuelas de catequistas (nivel básico)
 - e) Escuelas de animadores y de especialización (nivel medio)
 - f) Institutos o Centros superiores de formación catequética
 - g) La formación permanente

CONCLUSIÓN

INTRODUCCIÓN

Nos proponemos reflexionar sobre la figura del catequista en la Iglesia y sobre su formación. Al hacerlo, tenemos muy presente el momento actual que vive nuestra sociedad y que reclama una presencia singular de la Iglesia en ella. El catequista, en efecto, ha de desarrollar su tarea de educación en la fe en una coyuntura histórica particular, tarea que ha de responder a unas necesidades concretas de la Iglesia y de la catequesis. Los obispos españoles, en recientes documentos¹, hemos hablado de este momento en el que se sitúa la Iglesia, momento al que hemos calificado de «etapa nueva en nuestra historia» (TDV 6). Es un tiempo que plantea nuevos retos y nuevos desafíos a nuestra acción evangelizadora.

Uno de sus rasgos más acusados es la crisis económica con sus consecuencias: inflación pertinaz y empobrecedora y un paro masivo, fuentes una y otro de retorno a la pobreza, frustraciones personales, incremento de la delincuencia y deterioro social generalizado (cf. P 8). «La gravedad de los problemas que pesan sobre la humanidad y el inmenso sufrimiento de tantos hermanos nuestros son una llamada de Dios que nos apremia a cumplir con más lucidez y eficacia la misión recibida de N.S. Jesucristo en favor del mundo y de todos los hombres» (TDV 1). Otro rasgo, que afecta profundamente a la evangelización, es el hecho de que la Iglesia vive hoy en España en el marco de unas instituciones democráticas legítimamente establecidas y libremente aceptadas por el pueblo español. En este contexto, «es preciso que nos acostumbremos a vivir como una comunidad concreta y bien definida, dentro de un ámbito social y cultural que no siempre comparte nuestra fe ni nuestros criterios morales» (P 23). Los católicos españoles, en efecto, vivimos en «una sociedad oficialmente

no confesional sometida al influjo cultural de ideas y de criterios contrarios o simplemente diversos de nuestra fe» (TDV 7).

Queremos subrayar también la difusión de un fenómeno relativamente nuevo entre nosotros: «la implantación de un modelo de vida dominado por el consumo y disfrute del mayor número posible de cosas» (TDV 21). Este fenómeno induce a amplios sectores de nuestra sociedad, bautizados en su mayor parte, a prescindir prácticamente de Dios y de la salvación eterna. Incluso hay síntomas de que estamos llegando a unas formas de vida en las que el hombre pierde la capacidad de preguntarse por el origen y el sentido último de la vida. «En nuestro mundo hay fuertes fermentos de ateísmo y de indiferencia religiosa» (TDV 21).

Esta situación —al menos por la intensidad y confluencia de estos y otros factores— es, ciertamente, nueva para nosotros y nos obliga a un nuevo modo de presencia en la sociedad. Pero no es nueva para la Iglesia, habituada en el correr de la historia a dar testimonio del Evangelio en medio de una humanidad que se mueve por la sabiduría del mundo y no por la sabiduría de la cruz.

Una nueva etapa se abre, por tanto, para la Iglesia en España: «La hora actual de nuestras Iglesias tiene que ser una hora de evangelización» (TDV 53).

Ésta es la razón por la que los obispos españoles queremos que toda nuestra acción pastoral confluya a un objetivo último y primordial: el servicio a la fe de nuestro pueblo (P 1). Este servicio evangelizador se refiere «tanto a los creyentes como a aquellos que viven, total o parcialmente, al margen de la fe en el Dios viviente» (TDV 2). Como lo recordábamos nosotros mismos², esta opción del episcopado «encierra dos dimensiones complementarias: el ministerio del Evangelio ofrecido a la sociedad española, y la educación en la fe del pueblo de Dios» (PA 21).

En este contexto socio-cultural y en la perspectiva de esta opción pastoral se sitúa nuestra reflexión sobre el catequista y su formación. En unos momentos en los que se hace imprescindible una fuerte acción misionera y catecumenal, la figura del catequista adquiere un relieve fundamental.

De todos los elementos que integran la acción catequizadora de la Iglesia el más importante es, sin duda, el agente de esa acción: el catequista. Su presencia es insustituible. El Evangelio que la Iglesia anuncia en la catequesis se hace mensaje de vida en el pueblo cristiano por medio de la mente, del corazón, de la sensibilidad, de la palabra y de la vida de fe del catequista.

Por eso hemos querido hacer una reflexión detenida, de carácter teológico y pastoral, sobre la identidad del catequista en la Iglesia, tratando de aclarar el sentido de su vocación y de su misión.

Ante nuestros ojos hemos tenido presente, sobre todo, la figura del catequista seglar.

Con esta reflexión queremos ayudar a los propios catequistas a cumplir con plena fidelidad al Espíritu de Dios su misión en la Iglesia, a los demás miembros de la comunidad cristiana para estimar en su justo valor el papel del catequista, y a los pastores de la Iglesia para lograr que la catequesis tenga el carácter prioritario que debe tener (JUAN PABLO II, Exh. ap. *Catechesi tradendae* [CT] 15) y se conceda a los catequistas la atención pastoral que merecen.

Dentro de esta atención pastoral, la formación de los catequistas tiene una importancia especial. Si se considera normal en la sociedad moderna que un educador, un maestro, de cualquier nivel de la enseñanza, reciba una formación adecuada en los saberes y técnicas que va a transmitir y una preparación que le capacite pedagógicamente para la enseñanza, ¿por qué se ha de pedir menos a quienes se les confía en la Iglesia la tarea delicada de educar en la fe a sus hermanos por medio de la catequesis?

Deseamos para los catequistas de nuestras Iglesias particulares una formación que responda a los desafíos del momento presente a que hemos aludido. Una formación, por tanto, muy centrada en las verdades y valores fundamentales del Evangelio, para ayudar a los cristianos a adquirir «firmeza en su propia identidad» (CT 56) pluralista y, a veces, hostil a la fe; imbuida de un hondo sentido religioso, que capacite para anunciar el misterio del Dios vivo y de su soberanía absoluta (TDV 14) y prepare a los cristianos para dar testimonio del sentido trascendente de la vida en una sociedad

acaparada por lo inmediato; cargada de hondo sentido social, que capacite a los catequistas para formar unos cristianos que sepan inocular el fermento dinamizador del Evangelio en medio de la crisis social y económica que vivimos.

En una palabra, queremos formar a los catequistas de tal forma que sean capaces de potenciar la vida cristiana de nuestro pueblo: «Deseamos que crezca y avance hacia una fe más consciente, más madura, más consecuente en su proyección sobre la vida. Una fe en la que la pureza doctrinal y la proclamación gozosa del Credo vayan unidas a la participación activa en las celebraciones litúrgicas, al ejercicio de la caridad fraterna, a la promoción de la justicia y la paz, al afán de humanizar toda la vida social; siempre desde un testimonio humilde y claro de la condición de creyente» (P 30).

La identidad del catequista y su formación son, pues, los dos temas en los que se centra nuestra reflexión y que ocupan la segunda y tercera parte respectivamente. La primera parte, «Análisis de la realidad de los catequistas en la Iglesia española, hoy», tiene más bien un carácter introductorio. De forma muy breve, y partiendo de algunos datos más significativos, se señalan unos interrogantes y una problemática a los que el resto del documento pretende dar respuesta.

Las presentes orientaciones sobre *El catequista y su formación* están íntimamente vinculadas a las que propusimos en *La catequesis de la comunidad*. En éstas ya hacíamos referencia a la necesidad de estudiar por separado, dada su decisiva importancia, la figura del agente de la catequesis. En cierto sentido, por tanto, el documento que hoy publicamos puede ser considerado como un capítulo —el más largo e importante— de *La catequesis de la comunidad*, que ha merecido ser tratado de forma independiente.

Nuestro escrito va dirigido, principalmente, a los responsables de la formación de catequistas en las parroquias y comunidades cristianas (sacerdotes, religiosos, religiosas y seglares).

También pretende, obviamente, que los propios catequistas lo estudien y lo asimilen. Respecto a su formación, el catequista ha de situarse de una manera creativa, convirtiéndose en protagonista activo de su propio aprendizaje. Es imprescindible, por tanto, hacerle ver los criterios, objetivos, contenidos y modalidades que definen y configuran dicha formación. En muchos casos, si el estudio directo de las presentes orientaciones se les puede hacer demasiado denso y difícil, es aconsejable hacerles llegar su contenido fundamental por medio de síntesis y esquemas pedagógicamente concebidos.

En este mismo sentido, y como hemos apuntado, conviene que el fondo de lo que aquí se dice llegue también a la comunidad cristiana, responsable como es toda ella de la educación en la fe de sus miembros. De una manera especial pensamos en los padres cristianos, empeñados en la educación cristiana de sus hijos.

Entendemos que con la publicación de nuestra reflexión damos cumplimiento al encargo que nos hizo la CEE al encomendarnos, en el referido «Programa pastoral», la siguiente acción común de sus cauces operativos: «Publicación de un “itinerario o plan fundamental de formación de catequistas” en que se recojan las experiencias de las diócesis y se ofrezca como servicio a las mismas» (P, acción 2).

I. REALIDAD DE LOS CATEQUISTAS EN LA IGLESIA ESPAÑOLA, HOY

A) Datos más sobresalientes

1. Comenzamos nuestra reflexión dirigiendo una mirada sobre la realidad de los catequistas de la Iglesia en España. Es una realidad esperanzadora en la que vemos —ante todo— un gran don del Espíritu a la Iglesia lleno de promesas y de grandes posibilidades evangelizadoras. Esta realidad tiene también sus sombras y, por eso, es conveniente someterla a examen. Situándonos en la perspectiva de este documento, queremos hacerlo en torno a dos temas principales: la identidad del catequista y su formación.

2. Hay entre nosotros un número elevado de catequistas. Se ha producido, incluso, un crecimiento notable de él en los últimos años, debido a causas diversas; entre otras, al hecho de que la catequesis ha ganado nuevos espacios al dirigirse a un espectro de destinatarios cada vez más amplio.

3. Sorprende gratamente el constatar que la inmensa mayoría de los catequistas son seglares y muchísimos de ellos jóvenes, lo que sitúa a la catequesis como uno de los campos preferentes donde, de hecho, desarrolla el laico responsabilidades eclesiales. Por otra parte, la figura del catequista permanente, que asume la tarea de catequizar como un servicio estable, se va poco a poco configurando en nuestra Iglesia.

4. Un aspecto digno de mención es que bastantes catequistas han ido renovando y llevando a la práctica un concepto más pleno de catequesis, entendida como una formación cristiana integral, sin reducirla a la sola enseñanza. Se ve en ella un proceso de acompañamiento en la fundamentación de la fe y no se ciñe sólo al tiempo inmediato de preparación sacramental.

5. En general, la influencia de la tarea catequética en los propios catequistas es muy positiva. Da un sentido cristiano más hondo a sus vidas y representa una oportunidad muy valiosa para su propia formación cristiana e, incluso, para crecer como personas. No pocos confiesan que a través de la tarea catequética han comprendido lo que significa ser miembro activo de la Iglesia, aprendiendo a conocerla y amarla. La dimensión comunitaria presente en muchos grupos de catequistas proporciona a éstos una auténtica experiencia de vida eclesial. Las mismas motivaciones, algunas veces ambiguas o circunstanciales, con que se acepta la tarea de catequizar van aclarándose y madurando y, a partir de una disponibilidad inicial, abren paso a un auténtico compromiso evangelizador.

6. Algunas sombras, sin embargo, oscurecen esta rica realidad:

La inmensa mayoría de los catequistas realizan su tarea en el campo de la catequesis de niños y adolescentes y no contamos con los catequistas básicamente necesarios para la catequización de jóvenes y adultos.

Una gran mayoría de nuestros catequistas proceden de clases y ambientes culturales medios, mientras faltan catequistas procedentes de ambientes más populares, p. ej. del medio obrero y rural.

Se acusa un notable menor número de catequistas varones adultos en relación con el número de mujeres catequistas.

A menudo se encomienda la tarea de catequizar a muchachos demasiado jóvenes, con la consiguiente inmadurez humana y cristiana. Este hecho que, en algunas parroquias puede ser inicialmente justificable, es con frecuencia síntoma de un reclutamiento apresurado, sin el suficiente discernimiento y, al mismo tiempo, de unas motivaciones poco claras en los que aceptan dicha tarea.

La colaboración de muchos catequistas es demasiado transitoria, ya que se dedican a la catequesis uno o dos años y después la abandonan.

El acceso a la tarea de catequizar se produce, muchas veces, porque es la única oferta interesante que hace la comunidad cristiana, en ausencia de otras tareas laicales suficientemente organizadas y atrayentes.

Muchos catequistas no han llegado ni a entender ni a llevar a la práctica el concepto pleno de catequesis a que nos hemos referido más arriba. La catequesis que desarrollan se reduce en esos casos: o a una adhesión vaga al Evangelio sin contenidos noéticos suficientes por los cuales el cristiano entra en relación con las realidades de la salvación; o a una mera experiencia religiosa o a la asunción de unos compromisos evangélicos generales y anónimos, sin vinculación a la persona de Jesucristo; o a un conjunto de experiencias aisladas, parciales, síntesis global y orgánica de la fe; o, también, a un mero fijar en la memoria unas cuantas nociones de la fe, sin la suficiente personalización de la misma.

No cabe duda de que estos datos afectan profundamente a la manera de concebir lo que es ser catequista en la Iglesia.

7. También hay que señalar la falta de un suficiente reconocimiento de los catequistas por parte de muchas comunidades cristianas, reconocimiento al que legítimamente hay que aspirar para beneficio de la misma catequesis.

Aunque con frecuencia la colaboración del sacerdote con los catequistas seculares es buena, a veces algunos sacerdotes siguen tratando a los catequistas como meros auxiliares suyos en una tarea que conciben como perteneciéndoles, por derecho propio, de forma exclusiva. No es raro observar también que, ante la presencia de catequistas bien preparados, algunos sacerdotes se inhiben de la tarea de catequizar o entran en conflicto con tales catequistas.

En lo que respecta a los padres que envían a sus hijos a la catequesis observamos, frecuentemente, indiferencia o poco aprecio ante la propuesta de los catequistas de impartir una formación cristiana cuya duración y exigencias se adecuan mejor a las necesidades de la vida de fe en el momento presente. Esta indiferencia está muy ligada a una educación cristiana en la familia muchas veces deficitaria.

También es justo hacer notar que el reconocimiento de la comunidad cristiana se hace difícil cuando, a veces, el grupo de catequistas aparece como algo o cerrado o aislado de la vida y tareas de la misma comunidad.

Con cierta frecuencia, grupos de catequistas llegan —incluso— a rechazar la dirección del sacerdote que preside la comunidad cristiana porque entienden que han descubierto una forma de comunicar la fe que creen la única válida y consideran que no tienen por qué contar con la autoridad de la Iglesia.

8. Especial atención merece el tema de la formación de los catequistas ya que estas Orientaciones se dirigen, particularmente, a dicho objetivo.

En los últimos años se han ido dando pasos muy importantes: se ha mejorado el contenido y la pedagogía de la formación, se han renovado los materiales, se han creado Escuelas de catequistas de diversos niveles...

Esta mejora, sin embargo, sólo ha alcanzado a una minoría. Son los mismos catequistas los que se reconocen con una formación insuficiente y surge la demanda de una preparación más rica. Estamos lejos de haber hecho llegar a los catequistas más sencillos los mejores logros de la renovación catequética, promovidos principalmente por el Concilio Vaticano II.

B) Análisis de las causas

9. A la vista de este cuadro sobre la realidad de los catequistas en nuestra Iglesia, y reconociendo sus aspectos muy valiosos, no podemos menos de preguntarnos, ante los aspectos problemáticos señalados, por qué están así las cosas. ¿Se trata de problemas que afectan únicamente a los catequistas o está en juego, ante todo, la manera habitual de entender y practicar la catequesis? Más aún, ¿se trata de un problema específicamente catequético o de una manera no adecuada de entender y vivir la Iglesia?

Ante todo se trata de un problema de la catequesis misma; en concreto, de la forma de entender su importancia y su función dentro de la Iglesia.

10. Los datos señalados indican que se está aún lejos de considerar a la catequesis como una tarea «absolutamente primordial de la misión de la Iglesia» (CT 15), de la que depende «la consolidación de su vida interna como comunidad de creyentes y de su actividad externa como misionera» (CT 15). Considerarla así supondría restituir a la catequesis toda la densidad que le corresponde como acción eclesial fundamental.

Urge, por tanto, en nuestra Iglesia la voluntad efectiva de hacer una opción firme por la catequesis (cf. COMISIÓN EPISCOPAL DE ENSEÑANZA Y CATEQUESIS, Orientaciones pastorales *La catequesis de la comunidad* [CC] 38) en cuanto elemento evangelizador decisivo para la renovación de la comunidad cristiana. Sólo desde tal opción, eficazmente aplicada, podrían obviarse las deficiencias observadas en el reclutamiento y reconocimiento de los catequistas, así como podría dotarse a la formación de los mismos de estructuras y medios más adecuados.

11. Pero no está en juego sólo el reconocimiento de la importancia de la catequesis en la edificación de la Iglesia. El hecho de encomendar, con frecuencia, la tarea de catequizar a jóvenes no suficientemente maduros, aunque a veces se debe a la necesidad urgente de poder cubrir la demanda de catequistas, otras —sin embargo— es síntoma de una concepción pobre de lo que es la catequesis. No responde a una catequesis concebida como una formación cristiana integral, apoyada en un conocimiento orgánico del mensaje cristiano y en la experiencia madura de fe y de vida eclesial del propio catequista.

Hacemos nuestra la valoración de Juan Pablo II: «La formación doctrinal es una necesidad fundamental, dado que la catequesis no puede limitarse a enseñar un mínimo de verdades aprendidas y repetidas de memoria. [...] De hecho, a veces, las circunstancias han impulsado a los responsables de la catequesis a recurrir a la colaboración de personas de buena voluntad, pero carentes de una preparación adecuada. Tales soluciones generalmente son deficitarias» (JUAN PABLO II, Audiencia 6-3-1985).

12. Dando un paso más en nuestra reflexión, nos parece que aquí también está en juego una forma no adecuada de entender y vivir la Iglesia.

El objetivo fundamental del Concilio, «hacer a la Iglesia del siglo XX más apta todavía para anunciar el Evangelio a la humanidad de este siglo» (PABLO VI, Exh. ap. *Evangelii nuntiandi* [EN] 2), a pesar de todos los esfuerzos y logros, no ha sido aún asimilado y aplicado suficientemente por nosotros.

Es necesario que lleguemos a percibir más claramente que la Iglesia es esencialmente evangelizadora: «La evangelización de todos los hombres constituye la misión esencial de la Iglesia» (EN 14). La atención casi exclusiva de los catequistas hacia el sector de niños —actividad sin duda imprescindible— es un síntoma claro de que, en nuestra Iglesia, está muy debilitado el impulso misionero que dirija y sostenga la acción evangelizadora y catecumenal dirigida a los adultos, acción básica y esencial en la evangelización del mundo contemporáneo.

13. Es necesario también que desarrollemos nuestro quehacer pastoral en la Iglesia teniendo en cuenta que es Pueblo de Dios y misterio de comunión y que, en ella, todos sus miembros han de participar en la misión común de evangelizar. Esta participación común se manifiesta en la diversidad de dones y servicios, necesarios y complementarios entre sí, para llevar a cabo esta misión.

La falta del suficiente reconocimiento del catequista por parte de la comunidad cristiana y el hecho, al que nos hemos referido antes, de que la catequesis sea muchas veces la única oferta interesante de incorporación al apostolado, son síntomas de que las comunidades cristianas no han llegado aún a aceptar suficientemente la voluntad del Concilio de reconocer la responsabilidad del laico en la Iglesia: «Los sagrados pastores reconozcan y promuevan la dignidad y la responsabilidad de los laicos en la Iglesia» (CONC. VAT. II, Const. dogm. *Lumen gentium* [LG] 37).

Los pastores de las comunidades cristianas, sobre todo los párrocos, han de tratar más decididamente de suscitar, discernir y reconocer los diversos dones y carismas del cristiano de cara a la edificación de la comunidad y el servicio de la evangelización. En el mejor de los casos buscan los pastores quien les ayude, sin reconocer el derecho y aún el deber que tiene todo bautizado a participar, en virtud de su propia vocación, en la común misión de la Iglesia.

14. En general, la renovación de la catequesis y de la formación de los catequistas está estrechamente vinculada a la renovación conciliar. Una Iglesia más renovada en su propia identidad

será también una Iglesia más renovada en cada una de sus funciones o servicios: acción misionera, catequesis, celebración litúrgica, acción caritativa y social...

Es preciso avanzar, pues, en la tarea de la renovación de la Iglesia: «Cristo llama a la Iglesia peregrinante hacia una perenne reforma» (CONC. VAT. II, Decr. *Unitatis redintegratio* [UR] 6).

Esta renovación que pide el Concilio es, en el fondo, la conversión de nuestras comunidades eclesiales, que necesitan ser evangelizadas y que únicamente de ese modo pueden evangelizar al mundo de hoy:

«La Iglesia siempre tiene necesidad de ser evangelizada, si quiere conservar su frescor, su impulso y su fuerza para anunciar el Evangelio. El Concilio Vaticano II ha recordado y el Sínodo de 1974 ha vuelto a tocar insistentemente este tema de la Iglesia que se evangeliza, a través de una conversión y una renovación constantes, para evangelizar al mundo de manera creíble» (EN 15).

La asimilación progresiva de la renovación conciliar es especialmente apremiante en el contexto actual de nuestra sociedad donde abunda la increencia y donde toda una muchedumbre, hoy día numerosa, de bautizados está totalmente al margen de lo que significa una vida cristiana (cf. EN 55s)³.

II. LA IDENTIDAD DEL CATEQUISTA

15. La identidad del catequista se configura tanto por su identificación con las tareas propias del quehacer catequético como por los rasgos que definen el ser o la vocación del catequista en la Iglesia.

A) El ministerio o servicio catequético

16. La catequesis es una acción eclesial situada dentro del proceso total de la evangelización. Es fundamental que encuentre y desarrolle la tarea que le es propia dentro de la variedad de ministerios y servicios que configuran la misión evangelizadora. Es igualmente importante descubrir que la acción catequética es una responsabilidad común y, al mismo tiempo, cualitativamente diferenciada.

1. El proceso de la evangelización

17. La evangelización define la misión propia de la Iglesia: «Evangelizar constituye la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar» (EN 14).

La evangelización tiene como finalidad «anunciar la Buena Nueva a toda la humanidad para que viva de ella» (CT 18). Se trata de la «Buena Nueva del Reino que llega y que ya ha comenzado» (EN 13).

Este reino de Dios se realiza en Jesucristo: «La evangelización debe contener siempre —como base, centro y a la vez culmen de su dinamismo— una clara proclamación de que en Jesucristo, Hijo de Dios hecho hombre, muerto y resucitado, se nos ofrece la salvación a todos los hombres, como don de la gracia y de la misericordia de Dios» (EN 27).

18. Los vínculos entre la Iglesia y la evangelización son, por tanto, profundos y recíprocos: la Iglesia nace de la acción evangelizadora de Jesús y de los Doce; la Iglesia es depositaria del Evangelio que se mantiene en Ella «constantemente íntegro y vivo» (CONC. VAT. II, Const. dogm. *Dei Verbum* [DV] 7); la Iglesia lo conserva no para tenerlo escondido sino para comunicarlo al mundo; de ahí que, nacida de la misión de Jesús, la Iglesia es enviada por Él. Está llamada a perpetuar la misión de Jesús y su condición de evangelizador. Enviada, la misma Iglesia, a su vez, envía a los

evangelizadores. Éstos van a comunicar un Evangelio del que ni ellos ni Ella son dueños para disponer de él a su gusto, sino que deben transmitirlo con suma fidelidad (cf. EN 15).

19. La evangelización es un proceso rico, complejo y dinámico: es un proceso rico y complejo, ya que se compone de elementos variados: «renovación de la humanidad, testimonio, anuncio explícito, adhesión del corazón, entrada en la comunidad, acogida de los signos, iniciativas de apostolado» (EN 24); es, al mismo tiempo, un proceso dinámico definido por fases o etapas sucesivas: «acción misionera (con los no creyentes), acción catecumenal (con los recién convertidos) y acción pastoral (con los fieles de la comunidad cristiana)» (CC 27). El proceso evangelizador, con todo su dinamismo y riqueza, es llevado a cabo por la Iglesia mediante una gran diversidad de ministerios y servicios.

2. Los ministros y servicios en el proceso de la evangelización

20. La Iglesia es una comunidad en cuya vida interna y misión sus miembros participan a través de diferentes carismas, servicios y ministerios. Éstos son la expresión diferenciada, si bien solidaria, de la única misión evangelizadora de la Iglesia: «Hay en la Iglesia diversidad de ministerios pero unidad de misión» (CONC. VAT. II, Decr. *Apostolicam actuositatem* [AA] 2).

21. El modelo de todo servicio eclesial es el ministerio del Señor Jesús, el Siervo de Dios, que «no vino a ser servido sino a servir» (Mt 20,28). El servicio de Jesús configura a la Iglesia como servidora del mundo, e igualmente, a cada uno de sus miembros, que han de ser servidores los unos de los otros.

22. El Nuevo Testamento describe una gran diversidad de formas según las cuales el cristiano ejerce su responsabilidad eclesial. La palabra «diaconía» (ministerio, servicio) se aplica, en primer lugar, a servicios materiales necesarios a la comunidad y sus miembros (Hch 6,1.4; 11,29), pero también al ministerio de la Palabra en sus diversas formas (Hch 6,4; Col 4,17; 1 Cor 3,5).

Esto muestra que desde el principio hubo en la Iglesia ministerios y servicios diferentes: «Él mismo dio a unos el ser apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelizadores; a otros, pastores y maestros, para el recto ordenamiento de los santos en orden a las funciones del ministerio, para edificación del Cuerpo de Cristo» (Ef 4,11s). Todo servicio eclesial se realiza bajo la influencia del Espíritu (Rom 12,7), como un mandato recibido de Dios (1 Pe 4,11). Para ello, el Espíritu distribuye abundantes dones y carismas: palabra de sabiduría, carisma de curaciones, poder de milagros, profecía, discernimiento de espíritus (1 Cor 12,4-10). Los ministerios y carismas son promovidos por el Espíritu para provecho común (1 Cor 12,7), para anunciar la buena noticia (Hch 8,12.35.40), para el recto ordenamiento de los santos y edificación del Cuerpo de Cristo (Ef 4,12). Han de ser ejercidos con caridad (1 Co 13,1), el mayor de todos los carismas, y también con dignidad y orden (1 Cor 14,40), de modo que se edifique la comunidad y todo se haga con amor y paz.

23. El Concilio Vaticano II renueva en nuestro tiempo la gran tradición eclesial de la vocación común del Pueblo de Dios a participar en la misión evangelizadora: «Los fieles cristianos, por estar incorporados a Cristo mediante el bautismo, constituidos en pueblo de Dios y hechos partícipes a su manera de la función sacerdotal, profética y real de Jesucristo, ejercen —por su parte— la misión de todo el pueblo cristiano en la Iglesia y en el mundo» (LG 31). La vocación común de todo el Pueblo de Dios fundamenta la cooperación y participación de todos los cristianos en la unidad de la misión de la Iglesia: «Saben los Pastores que no han sido instituidos por Cristo para asumir por sí solos toda la misión de la Iglesia en el mundo, sino que su principal función consiste en pastorear a los fieles y reconocer sus servicios y carismas, de manera que todos, a su modo, cooperen unánimemente en la obra común» (LG 30).

Esta cooperación de todos en la obra evangelizadora es señalada en el nuevo Código de Derecho Canónico como uno de los deberes y derechos de los fieles: «Todos los fieles tienen el deber y el derecho de trabajar para que el mensaje divino de salvación alcance más y más a los hombres de todo tiempo y del orbe entero» (c. 211).

24. La misión común de la Iglesia se hace posible y se realiza a través de ministerios y servicios: «En la constitución del cuerpo de Cristo hay diversidad de miembros y servicios. Uno sólo es el Espíritu que distribuye sus variados dones para el bien de la Iglesia según su riqueza y la necesidad de ministerios. Entre estos dones resalta la gracia de los apóstoles» (LG 7). La obra de implantación de la Iglesia en un determinado grupo de hombres consigue firmemente su verdadero objetivo cuando «se ve dotada de los ministerios e instituciones necesarios para vivir y dilatar la vida del pueblo de Dios» (CONC. VAT. II, Decr. *Ad gentes* [AG] 19).

Hay en la Iglesia un carisma, el ministerio apostólico, cuya misión —entre otras— consiste en suscitar, discernir y conjuntar los demás servicios en orden a la comunión y misión evangelizadora de la Iglesia: «Los obispos, junto con los presbíteros y diáconos —sus colaboradores—, recibieron el ministerio de la comunidad para presidirla en nombre de Dios» (LG 20). Pero la realidad ministerial de la Iglesia no queda circunscrita a los ministerios ordenados (obispos, presbíteros y diáconos). Muchos cristianos son también llamados a desempeñar ministerios y servicios específicamente eclesiales: «Además del apostolado que incumbe absolutamente a todos los fieles, los laicos pueden también ser llamados a una cooperación más inmediata con el apostolado de la jerarquía, como aquellos hombres y mujeres que ayudaban al apóstol Pablo en la evangelización, trabajando mucho en el Señor» (LG 33).

25. Pablo VI con su exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, al recordar este principio conciliar, según el cual los seglares pueden sentirse llamados o ser llamados al ejercicio de ministerios muy diversos para el crecimiento y la vida de la comunidad eclesial, manifiesta su gozo porque la Iglesia está llevando a cabo hoy día una reflexión y una apertura a ministerios eclesiales capaces de rejuvenecer y de reforzar su propio dinamismo evangelizador. Y a este propósito añade: «Es cierto que al lado de los ministerios con orden sagrado en virtud de los cuales algunos son elevados al rango de Pastores y se consagran de modo particular al servicio de la comunidad, la Iglesia reconoce un puesto a ministerios sin orden sagrado, pero que son aptos a asegurar un servicio especial a la Iglesia» (EN 73).

Y a continuación, el propio Pablo VI nos proporciona una regla de oro para discernir lo que a la Iglesia actual corresponde hacer respecto al establecimiento en su seno de ministerios y servicios: «Una mirada sobre los orígenes de la Iglesia es muy esclarecedora y aporta el beneficio de una experiencia en materia de ministerios, experiencia tanto más válida en cuanto que ha permitido a la Iglesia consolidarse, crecer y extenderse. No obstante, esta atención a las fuentes debe ser completada con otra: la atención a las necesidades actuales de la humanidad y de la Iglesia. Beber en estas fuentes siempre inspiradoras, no sacrificar nada de estos valores y saber adaptarse a las exigencias y a las necesidades actuales, tales son los ejes que permitirán buscar con sabiduría y poner en claro los ministerios que necesita la Iglesia y que muchos de sus miembros querrán abrazar para la mayor vitalidad de la comunidad eclesial. Estos ministerios adquirirán un verdadero valor pastoral y serán constructivos en la medida en que se realicen con respeto absoluto de la unidad, beneficiándose de la orientación de los Pastores que son precisamente los responsables y artífices de la unidad de la Iglesia» (EN 73)⁴.

26. En orden a que la catequesis se sitúe en su lugar dentro de la evangelización y, sobre todo, para que se abran campos en los que religiosos y seglares desarrollen su acción en la Iglesia, mediante un eventual encargo público y oficial, exponemos un amplio abanico de posibles servicios, sin la pretensión de ser exhaustivos y apuntando a necesidades reales que hay que cubrir:

En lo que respecta a la acción misionera:

- Servicio de evangelización en aquellos ámbitos humanos donde abunda la increencia.
- Servicio de reevangelización para aquellos bautizados insuficientemente evangelizados.
- Servicio de animación de la presencia seglar en la sociedad (vida profesional, cultural, sindical, política, etc...).

En lo que respecta a la acción catequizadora:

- Servicio de catequesis en todos los niveles (niños, jóvenes, adultos, tercera edad, deficientes...).
- Servicio catecumenal de adultos.

- Servicio de enseñanza religiosa escolar.

En lo que respecta a la acción pastoral:

- Servicio de animación de las celebraciones.
- Servicio de caridad, comunicación de bienes y promoción social.
- Servicio de acogida a quienes piden los sacramentos.
- Servicio de atención a matrimonios y familias.
- Servicio de atención a los enfermos.
- Servicio de animación de grupos y comunidades.

«Tales ministerios, nuevos en apariencia, pero muy vinculados a experiencias vividas por la Iglesia a lo largo de su existencia —catequistas, animadores de la oración y del canto, cristianos consagrados al servicio de la Palabra de Dios o a la asistencia de los hermanos necesitados, jefes de pequeñas comunidades, responsables de movimientos apostólicos u otros responsables—, son preciosos para la implantación, la vida y el crecimiento de la Iglesia y para su capacidad de irradiarse en torno a ella y hacia los que están lejos» (EN 73).

3. Carácter propio del ministerio o servicio catequético

27. En el conjunto de los ministerios y servicios que realizan la misión evangelizadora de la Iglesia ocupa un lugar destacado el de la catequesis.

a) *Su configuración*

El servicio de la catequesis en una Iglesia particular está configurado por los siguientes rasgos. Es un servicio realizado, de modo conjunto (cf. *Codex Iuris Canonici* [CIC] 774), por sacerdotes, religiosos y seglares catequistas, en comunión con el Obispo. Aunque realizan conjuntamente la tarea de catequizar, cada uno aporta lo específico de su puesto en la Iglesia, ofreciendo así la palabra y el testimonio completos de la realidad eclesial. Es un servicio público de la Iglesia, dotado de un carácter oficial. Los catequistas, por ello, reciben del Obispo, «primer responsable de la catequesis y catequista por excelencia» (CT 63), la misión oficial o encargo para ejercer su tarea en nombre de la Iglesia y al servicio de su misión evangelizadora. Sólo así, es decir, cuando los catequistas reciben de la autoridad el encargo oficial para catequizar, puede decirse que actúan en nombre de la Iglesia. El testimonio y el anuncio del Evangelio inherentes a la vocación común de todo cristiano o la catequesis ocasional sobre un tema determinado, que éste puede hacer en cualquier coyuntura que se le ofrezca, aunque transmitan la fe de la Iglesia, no deben ser considerados —sin más— como acciones que se realizan en su nombre. Tiene un carácter propio (CT 18; CC 34), bien definido, y es totalmente necesario para la vida y el desarrollo de la comunidad cristiana. Debe ocupar, por consiguiente, todo su puesto en el proyecto diocesano de pastoral de conjunto y ser reconocido en su verdadera función por la comunidad.

28. El Derecho canónico establece que la autoridad de la Iglesia puede encomendar oficialmente un oficio o cargo eclesial a un seglar, a un religioso o a una religiosa: «Los laicos que sean considerados idóneos tienen capacidad de ser llamados por los sagrados Pastores para aquellos oficios eclesiásticos y encargos que puedan cumplir según las prescripciones del derecho» (c. 228,1).

29. En este sentido, y en relación a la catequesis, los documentos de la Iglesia hablan de dos tipos de catequistas. Al hacerlo así, se quiere ser fiel a la naturaleza misma del servicio catequético y, a la vez, a una consideración realista de las posibilidades de laicos y religiosos, así como a las necesidades de catequización. Estos documentos hablan de los catequistas con plena dedicación (AG 17; CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio general para la catequesis* [DGC] 109; JUAN PABLO II, *Audiencia* 6-3-1985). Éstos ejercen más plenamente las responsabilidades del servicio catequético en una Iglesia particular, son llamados a cumplir su tarea como oficio eclesial. Los catequistas auxiliares (AG 17) o catequistas voluntarios (JUAN PABLO II, 1.c). Estos realizan una tarea insustituible,

aunque su colaboración no pueda ser tan intensa. Su labor será tanto más fecunda cuanto más en conexión trabajen con los catequistas plenamente dedicados y cuanto más estable sea su servicio.

30. Finalmente, con relación a las anteriores reflexiones, nos parece oportuno afirmar lo siguiente:

- a) En las presentes circunstancias de la Iglesia en España, lo que consideramos verdaderamente importante es el reconocimiento del quehacer de los catequistas como auténtico servicio público y oficial, prestado a la comunidad cristiana por encargo de la Iglesia, y no tanto el reconocimiento de este servicio plenamente instituido⁵.
- b) Sin embargo, y de conformidad también con todo lo dicho, parece necesario que, en nuestras Iglesias particulares, avancemos hacia una mejor realización de este servicio catequético incorporando unos «cuadros» de religiosos y seglares, estables e intensamente dedicados a él, reconocidos públicamente en cuanto a su dedicación eclesial, y que —en comunión con los sacerdotes y el obispo— contribuyan a dar a este servicio la configuración eclesial que le es propia.

Los laicos que asumen esta tarea de la catequesis en una diócesis no pierden, por ello, su condición de laicos. Más aún, sin la presencia del seglar y del religioso, el ejercicio de la catequesis no alcanzaría toda su riqueza.

b) Su tarea propia

31. La figura del catequista aparece ya en los albores de la Iglesia: «Que el discípulo (*katekoúmenos* o catecúmeno) haga partícipe en toda clase de bienes al que le instruye en la Palabra (*katekón* o catequista)» (Gál 6,6). El catequista, dotado del carisma de maestro, aparece como el educador básico de la fe.

En efecto, por ser la catequesis «una iniciación cristiana integral» (CT 21) el catequista es el maestro que inicia al cristiano en el misterio de Cristo (Ef 3,4). Trata por ello de «capacitar básicamente a los cristianos para entender, celebrar y vivir el Evangelio del Reino» (CC 34) o, lo que es lo mismo, procurará iniciarlos en todos los aspectos de la vida cristiana.

32. En consecuencia, la tarea propia del ministerio catequético consiste en: iniciar orgánicamente en el conocimiento del misterio de Cristo, con toda su profunda significación para la vida del hombre; introducir en el estilo de vida del Evangelio «y que no es más que la vida en el mundo, pero una vida según las bienaventuranzas» (CT 29); iniciar en la experiencia religiosa genuina, en la oración y en la vida litúrgica, introducir en el compromiso evangelizador, tanto en su dimensión eclesial como social. Mediante estos «cuatro caminos» (cf. *Ritual de la iniciación cristiana de adultos* [RICA] 19) el ministerio de la catequesis lleva a cabo la iniciación en la vida comunitaria de la Iglesia, de tal manera que los cristianos «sean introducidos en la vida de fe, de liturgia y de caridad del pueblo de Dios» (AG 14), al mismo tiempo que aprenden a «cooperar activamente en la evangelización y edificación de la Iglesia» (AG 14) y en las «luchas por la justicia y la construcción de la paz» (CT 29).

La comunidad cristiana es, así, el origen y la meta de la catequesis y acompaña constantemente al grupo catequético proporcionándole el lugar o clima adecuado para madurar en la fe: «La catequesis corre el riesgo de esterilizarse si una comunidad de fe y de vida cristiana no acoge al catecúmeno en cierta fase de su catequesis» (CT 24).

33. Esta formación integral que proporciona la catequesis tiene un punto de partida y una meta: parte de la conversión inicial del cristiano y conduce a la confesión de fe. La tarea propia del catequista consiste, por tanto, en «hacer madurar la conversión inicial hasta hacer de ella una viva, explícita y operante confesión de fe» (CC 96). De esta forma la catequesis, al educar en lo más nuclear y común de la fe cristiana —«enseñanza elemental» (CT 21)—, está al servicio de la unidad de la confesión de fe.

Cada una de las distintas acciones de la educación en la fe tiene una peculiaridad: el primer anuncio trata de comunicar el Evangelio a hombres alejados de la fe y en situaciones muy diversas; la enseñanza religiosa escolar procura establecer el diálogo entre la fe y la cultura en la que el alumno se introduce; la teología, mediante la investigación, trata de explorar la inteligibilidad de la fe; la catequesis, transmitiendo las «certezas sencillas pero sólidas» (CT 60) del Evangelio, conduce a la profesión común de una misma fe⁶.

La acción catequética, en efecto, transmite el Evangelio tal como es creído, celebrado y vivido por la Iglesia. «A lo largo de su preparación los catecúmenos reciben el Evangelio (Sagrada Escritura) y su expresión eclesial que es el Símbolo de la fe» (Mensaje al Pueblo de Dios [MPD] 8).

Esta transmisión de la fe de la Iglesia la hace suya el cristiano expresándola en su propia confesión de fe. Por eso, «la catequesis tiene su origen en la confesión de fe y conduce a la confesión de fe» (MPD 8).

4. La catequesis, tarea común y diferenciada

34. La catequesis es responsabilidad común de toda la Iglesia: «La catequesis ha sido siempre, y seguirá siendo, una obra de la que la Iglesia entera debe sentirse y querer ser responsable. Pero sus miembros tienen responsabilidades diferentes, derivadas de la misión de cada uno» (CT 16).

Es preciso «despertar en toda la Iglesia [...] una conciencia rica y operante de esta responsabilidad diferenciada pero común» (CT 16).

Toda la comunidad cristiana, por tanto, debe sentirse interesada, como tal, en la tarea catequizadora: «Esta iniciación cristiana durante el catecumenado no deben procurarla solamente los catequistas y sacerdotes, sino toda la comunidad de los fieles» (AG 14). Esta responsabilidad común es realizada, pública y oficialmente, por los catequistas, a quienes la Iglesia encomienda este servicio: «En virtud del bautismo y de la confirmación, los fieles laicos son testigos del anuncio evangélico con su palabra y el ejemplo de su vida cristiana; también pueden ser llamados a cooperar con el Obispo y con los presbíteros en el ejercicio del ministerio de la Palabra» (CIC 759).

Los sacerdotes, religiosos y seculares, al asumir la tarea de catequizar, lo hacen conjuntamente pero de manera diferenciada, cada uno sobre la base de su particular condición (ordenación, vida consagrada o carácter secular). Además, y como ya queda dicho, si faltase la colaboración de los religiosos y de los seculares o la iniciativa de los sacerdotes, la catequesis se resentiría y carecería de toda su riqueza y significación.

a) *El seglar en la catequesis*

35. Aunque la acción catequizadora del cristiano seglar coincide en lo fundamental con la del sacerdote y la del religioso, reviste, sin embargo, un carácter peculiar debido a su particular vocación. «El carácter secular es propio de los laicos» (LG 31) y, por consiguiente, han de ejercer la catequesis desde su inserción en el mundo, con una sensibilidad y unas connotaciones específicas: «Esta evangelización, es decir, el mensaje de Cristo pregonado con el testimonio de la vida y de la palabra, adquiere una nota específica y una peculiar eficacia por el hecho de que se realiza dentro de las comunes condiciones de la vida en el mundo» (LG 35).

Al vivir, de ordinario, la misma forma de vida que el que recibe la catequesis, el catequista seglar puede tener una especial capacidad para encarnar la transmisión del Evangelio en la vida concreta del grupo catequético. El propio catequizando puede encontrar en él un modelo de cristiano en el que proyectar su futuro de creyente.

De ahí la necesaria presencia de los seculares en el servicio de la catequesis. Cristo les concede para ello el «sentido de la fe» y la «gracia de la palabra» (LG 35). Las demás razones: escasez de clero, eventual mejor preparación pedagógica, mayor disponibilidad de tiempo... aunque importantes, serán siempre secundarias.

36. Por eso es muy importante que el seglar catequista participe de los mismos problemas (familiares, laborales, sociales...) que el catequizando y asuma los mismos compromisos que él en la construcción de una sociedad más justa: «A los laicos pertenece por propia vocación buscar el Reino de Dios tratando y ordenando, según Dios, los asuntos temporales» (LG 31).

Ésta es la razón de que, al menos entre nosotros, parezca preferible que los seglares que asumen más establemente el servicio de la catequesis no abandonen, por ello, su trabajo civil o la suficiente atención a su familia. Su dedicación a la catequesis ha de hacerse sin ningún menoscabo de su propia condición laical.

37. Merece atención especial la función trascendental de los padres cristianos que, por el sacramento del matrimonio, se constituyen para sus hijos en los verdaderos misioneros del primer anuncio del Evangelio (EN 52) y en los primeros maestros de la fe (LG 11), dentro de esa Iglesia doméstica que es la familia cristiana, y que debe ser «un espacio donde el Evangelio es transmitido y desde donde éste se irradia» (EN 71). Por eso, «nunca se esforzarán bastante los padres cristianos por prepararse a este ministerio de catequistas de sus propios hijos y por ejercerlo con celo infatigable» (CT 68).

La educación cristiana en la familia es un factor decisivo para la fe de los hijos. Si falta, la catequesis de la comunidad se verá seriamente dificultada (cf. CT 42) al carecer el niño de unos fundamentos religiosos nacidos en la entraña de la relación afectiva con sus padres. Creemos necesario que la acción de los catequistas no se limite a la catequesis con los niños. Es preciso crear también cauces de relación con los padres para animarles a que asuman la tarea de educar en la fe a sus propios hijos.

La educación cristiana familiar ha de constituir una preocupación central en la Iglesia particular.

b) El religioso en la catequesis

38. La peculiaridad del religioso o de la religiosa en la catequesis brota de su propia condición de vida. La profesión de los consejos evangélicos que caracteriza al religioso constituye un don para toda la comunidad cristiana. Por consiguiente en el ejercicio de la actividad catequética tienen ellos que ofrecer su aportación original y específica, que no podrá nunca ser sustituida por los sacerdotes o por los seglares.

Esta contribución original estriba en el testimonio público de su estado de vida consagrada que les convierte en signo viviente de la realidad del Reino, mediante la práctica de los consejos evangélicos: la pobreza, la castidad y la obediencia. «La profesión de los consejos evangélicos aparece como un distintivo que puede y debe atraer eficazmente a todos los miembros de la Iglesia a cumplir sin desfallecimiento los deberes de la vocación cristiana» (LG 44).

39. No sería completa una acción catequética que no descubriera a los cristianos la vida de la Iglesia en la profesión pública y en el ejercicio concreto de los consejos evangélicos. El testimonio de los religiosos, unido al testimonio de los seglares, muestra el rostro auténtico de una Iglesia que es, toda ella, signo del Reino de Dios.

También el carácter propio de la catequesis pide que los religiosos asuman este servicio. En efecto, siendo una de las tareas esenciales de la catequesis la iniciación en la vida evangélica (cf. CC 87), los religiosos ofrecen un testimonio cualificado de ella ya que «ellos encarnan la Iglesia deseosa de entregarse al radicalismo de las bienaventuranzas» (EN 69), siendo «invitados de manera especial a una vida que dé testimonio de las bienaventuranzas evangélicas» (EN 76).

Por eso, aquí también, la necesidad de que los religiosos participen en la tarea de la catequesis no procede de la escasez de sacerdotes o de catequistas seglares, sino que radica en la naturaleza misma de la vocación religiosa.

c) *El sacerdote en la catequesis*

40. La peculiaridad del sacerdote en la tarea catequizadora brota del sacramento del Orden que ha recibido. El sacerdote asume el ministerio de la comunidad (LG 20) y representa, respecto a ella, a Cristo Cabeza (CONC. VAT. II, Decr. *Presbyterorum ordinis* [PO] 2). En consecuencia, el sacerdote ejerce la presidencia de la comunidad cristiana, «reúne a la familia de Dios como una fraternidad» (LG 28), entregándose a «la formación de la auténtica comunidad cristiana» (PO 6), siendo en ella el colaborador y representante del Obispo (LG 28).

El ministerio sacerdotal no es un servicio junto a otros sino que es el ministerio configurador de la comunidad que suscita, discierne, coordina y potencia los demás servicios. Con la presidencia de la Eucaristía está en conexión su misión de apacentar a los fieles (LG 28) y de dirigir (LG 10), en comunión con el Obispo, los ministerios y servicios que realizan la misión evangelizadora de la comunidad.

41. En concreto, en relación con la catequesis, el sacerdote es maestro (PO 9) y educador de la fe (PO 6). Tiene la responsabilidad de organizar, animar, coordinar y dirigir la acción catequética de su comunidad respectiva, en nombre del Obispo.

De ordinario, la catequesis de una comunidad dependerá de la presencia y acción del sacerdote. La catequesis queda seriamente dañada si el grupo de catequistas seculares y religiosos no reconoce el servicio específico del sacerdote en la comunidad. La acción catequética puede también fracasar si el sacerdote, por su parte, no reconoce el servicio de los laicos o si se inhibe frente a ellos.

42. La acción del sacerdote en la catequesis implica diferentes tareas entre las que señalamos, como necesarias, las siguientes: suscitar la responsabilidad común de la comunidad cristiana respecto a la catequesis; suscitar, igualmente, y discernir vocaciones para este servicio catequético; fomentar en la comunidad el reconocimiento y el aprecio hacia el catequista y su tarea; poner en relación la catequesis y otras formas de educación en la fe: educación cristiana en la familia, enseñanza religiosa escolar, formación en los movimientos apostólicos...; cuidar de manera especial la vinculación de la catequesis con la oración común y la liturgia y con la acción caritativa y de promoción social. Entendemos que no es posible una catequesis integral si el cristiano no entra en una relación viva con todas las manifestaciones de la vida de la comunidad.

Procurar la formación de los catequistas, atendiéndoles tanto en la preparación inmediata a la catequesis como facilitándoles una formación más sistemática. En la medida de sus posibilidades, el sacerdote ha de ser, ante todo, «catequista de catequistas». Entre sus funciones principales imprescindibles está la de animar al grupo de catequistas, de modo que forme una verdadera comunidad de discípulos del Señor que sirva de punto de referencia para los catequizandos; integrar la acción catequética dentro de un proyecto evangelizador de la comunidad que sea conjuntado y coherente, fomentando la intercomunicación de los catequistas con los demás agentes de pastoral; garantizar la vinculación de la catequesis de la comunidad con la persona del Obispo y con la Iglesia particular.

d) *El obispo*

43. El Concilio Vaticano II pone de relieve la importancia eminente de la transmisión de la fe en el ministerio episcopal: «Entre los oficios principales de los obispos se destaca la predicación del Evangelio» (LG 25). En la realización de esta tarea el Concilio señala dos rasgos, íntimamente unidos entre sí, y que definen la misión del obispo en la transmisión del Evangelio. Por una parte los obispos son los «pregoneros de la fe» (LG 25), tratando de ganar nuevos discípulos para Cristo, pero son también «maestros auténticos» (LG 25), transmitiendo al pueblo cristiano la fe que ha de creerse y vivirse. Han recibido para ello el «carisma de la verdad» (DV 8). Llamar a la fe (CONC. VAT. II, Decr. *Christus Dominus* [CD] 12) y confirmar en la fe (CD 12) es la doble faceta del ministerio profético de los obispos. Este doble rasgo justifica la existencia, en la Iglesia particular, de dos acciones eclesiales de fundamental importancia para la evangelización e íntimamente conexas entre sí: la acción misionera, dirigida a los que no creen o no viven el Evangelio (EN 51-52) y la educación en la fe,

dirigida a los que, habiéndolo abrazado, tratan de vivirlo. La catequesis desempeña en este cometido un papel decisivo (EN 54).

Juan Pablo II, en su primera visita a España, recordaba personalmente a los obispos esta misma misión. Después de aludir al texto conciliar arriba citado nos decía: «El pueblo de Dios tiene la necesidad de obispos bien conscientes de esta misión y asiduos en ella. Los creyentes, para progresar en su fe; los que dudan o se desorientan, para encontrar firmeza y seguridad; los que quizá se alejaron, para volver a vivir su adhesión al Señor» (31-10-82). Y nos recomendaba un ministerio evangelizador muy sensible a los problemas que ha de afrontar nuestro pueblo: «Porque donde esté el hombre padeciendo dolor, injusticia, pobreza o violencia, allí ha de estar la voz de la Iglesia con su vigilante caridad y con la acción de los cristianos» (1. c).

44. Refiriéndose en concreto a la catequesis, la exhortación *Catechesi tradendae* indica con claridad el cometido propio del obispo: «Que la solicitud por promover una catequesis activa y eficaz no ceda en nada a cualquier otra preocupación. Esta solicitud os llevará a transmitir personalmente a vuestros fieles la doctrina de la vida. Pero debe llevaros también a haceros cargo en vuestras diócesis, en conformidad con los planes de la Conferencia Episcopal a la que pertenecéis, de la alta dirección de la catequesis, rodeándoos de colaboradores competentes y dignos de confianza. Vuestro cometido principal consistirá en suscitar y mantener en vuestras Iglesias una verdadera mística de la catequesis, pero una mística que se encarne en una organización adecuada y eficaz, haciendo uso de las personas, de los medios e instrumentos, así como de los recursos necesarios» (CT 63).

45. La alta dirección de la catequesis en la Iglesia particular implica diversas tareas. Destacamos algunas de ellas. Ofrecer a la Iglesia particular un proyecto global de catequesis, articulado y coherente (CT 45), en el que las diferentes acciones catequizadoras estén equilibradas. Para ello habrá de promover especialmente aquellos sectores o ámbitos más necesitados de catequización. Integrar adecuadamente a la catequesis, con toda su densidad evangelizadora, en la pastoral de conjunto de la diócesis. Habrá de relacionarla de manera especial con el anuncio misionero del Evangelio, ya que «es imposible la renovación catequética si no es sobre la base de una evangelización misionera profunda» (CC 45). Velar por la autenticidad de la transmisión del Evangelio en la catequesis, de forma que éste sea ofrecido en toda su integridad y pureza. En particular ha de velar por la unidad de la confesión de fe en su Iglesia. Coordinar la catequesis con las otras formas de educación de la fe: educación cristiana en familia, predicación, enseñanza religiosa escolar, enseñanza de la teología... Fomentar una adecuada pastoral de catequistas, mediante la cual se susciten vocaciones, se les forme adecuadamente, se les distribuya con equilibrio y se les otorgue el debido reconocimiento eclesial.

46. La catequesis es una acción eclesial ligada muy directamente al obispo. Entendemos que éste ha de atender, con una solicitud especial, aquellas dimensiones de la evangelización más estrechamente relacionadas con la función maternal de la Iglesia particular. Este es el caso del primer anuncio del Evangelio, por el que el hombre nace a la fe, y el de la catequesis, por la que el cristiano recibe aquellos alimentos que fundamentan su vida cristiana. Como una madre que quiere asegurar el crecimiento primero de sus hijos, el obispo desea velar para que la acción catequizadora proporcione una sólida cimentación en el cristiano⁷. Así lo entendieron los grandes Padres de la Iglesia, como Cirilo de Jerusalén, Juan Crisóstomo, Ambrosio y Agustín, entre otros, dedicándose personalmente a la formación de los catecúmenos.

Por eso hay que decir que el centro de gravedad pastoral de la catequesis es la Iglesia particular y el obispo que la preside.

B) La vocación del catequista

47. Después de haber descrito la configuración objetiva del servicio catequético en la Iglesia pasemos a señalar las cualidades personales que definen al catequista. Nos ceñiremos particularmente al catequista seglar.

El catequista es un cristiano llamado por Dios para este servicio. Ha de ejercerlo conforme al modelo que le ofrece Jesús, Maestro. Movido por el Espíritu lleva a cabo su tarea con una

espiritualidad peculiar. Desde su vinculación a la Iglesia realiza un acto eclesial que es, al mismo tiempo, un servicio a los hombres, lo que le hace estar constantemente abierto a sus gozos y preocupaciones.

1. Llamado por Dios

48. La vocación del catequista tiene su origen en un llamamiento de Dios a determinados cristianos a quienes Él quiere encomendar la tarea de catequizar. El catequista responde a una vocación, a una llamada.

Las causas inmediatas por las que, de hecho, se llega a ser catequista pueden ser diversas: respuesta a una invitación del sacerdote, toma de conciencia de que lo exige su condición de creyente, impacto producido por el testimonio de otro catequista, deseo de adquirir un compromiso en la realización de la comunidad eclesial... Dios se vale de estas u otras circunstancias como mediaciones para manifestar su voluntad. Pero más allá de las circunstancias inmediatas hay siempre una iniciativa de Dios.

49. La vocación específica del catequista tiene su raíz en la vocación común del Pueblo de Dios llamado a trabajar al servicio del designio salvador del Padre: «Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento pleno de la verdad» (1 Tim 2,4). Por consiguiente, la vocación del catequista brota de su Bautismo ya que, por él, el cristiano se incorpora al Pueblo de Dios. En este campo común de la responsabilidad evangelizadora de todo cristiano se inscribe el deber de todos de colaborar, según la capacidad de cada uno, en la acción catequizadora de la Iglesia: «La solicitud por la catequesis, bajo la dirección de la legítima autoridad eclesiástica, corresponde a todos los miembros de la Iglesia en la medida de cada uno» (CIC 774).

Como una concreción de esta solicitud por la catequesis, algunos son llamados a desempeñar el servicio catequético.

50. Esta llamada a la tarea de la catequesis está unida a la atracción producida por Dios en el corazón de un cristiano al descubrir en profundidad el Evangelio: «Hijo de hombre, aliméntate y sáciate con este volumen que yo te doy. Lo comí y fue, para mi boca, dulce como la miel» (Ez 3,3). Es posible que, ante la tarea de catequizar, el catequista tenga conciencia de su incapacidad e insuficiencia. También la tuvieron los profetas: «No me van a creer ni van a escuchar mi voz» (Éx 4,1), decía Moisés; «No sé hablar pues no soy más que un muchacho» (Jer 1,6), manifestaba Jeremías. Esta reacción natural sería lógica si el catequista tuviera que desarrollar con sus solas fuerzas la tarea que se le encomienda. Olvidaría en ese caso que, junto a la invitación a ser catequista, Dios da —a quien posee las cualidades suficientes a juicio de la autoridad de la Iglesia— la fuerza para responder y superar, aun con alegría, las dificultades inherentes al ejercicio de esta vocación. Ser catequista es una gracia y un don y no una función debida, en último término, a mérito particular alguno, sino principalmente al misterio de la llamada de Dios. De ahí que la actitud del catequista respecto a la llamada del Señor, más que una decisión hecha sólo desde sí mismo, sea una respuesta de fe.

51. Es necesario que el catequista, para ejercer su tarea de educador en la fe, sea consciente de que el origen de su vocación a la catequesis es la gracia, el amor y la libertad que viene de Dios, que ejerza su tarea conforme a las exigencias que le plantea ese origen, con libertad, generosidad y alegría y que sus relaciones con los cristianos a quienes catequiza estén imbuidas de la experiencia del origen de ese llamamiento divino.

Esta llamada del Padre a la tarea de la catequesis se realiza a través de Cristo en la Iglesia. Él invita a los que quiere a prolongar su propia acción catequizadora: «No me escogisteis vosotros a mí sino yo a vosotros» (Jn 15,16).

2. Partícipe de la misión de Jesús, Maestro

52. El catequista, al aceptar la llamada del Padre, participa y prolonga la misión de Jesús, el primer evangelizador: «Jesús mismo, Evangelio de Dios, ha sido el primero y más grande evangelizador» (EN 7).

El catequista sigue e imita a Jesús justamente como Maestro⁸, catequista de sus discípulos, que les envía a su vez a transmitir el Evangelio por todo el mundo: «Id y haced discípulos a todas las gentes» (Mt 28,19).

Este seguimiento e imitación de la persona de Jesús y de su ministerio constituye para el catequista el modelo determinante de toda su tarea.

Permítasenos recordar aquí algunos pocos rasgos de este magisterio de Jesús.

a) Siguiendo a Jesús, catequista de sus discípulos

53. Jesús enseña a la muchedumbre «por medio de parábolas» (Mc 4,2), pero a los discípulos les dedica «a solas» (Mc 4,10) una enseñanza especial, más profunda, que conduce a la comprensión e interiorización de los misterios del Reino: «A vosotros se os ha dado el misterio del Reino de Dios, pero a los que están fuera todo se les presenta en parábolas» (Mc 4,11). Mediante esta catequesis, Jesús introduce a sus discípulos en las diferentes dimensiones de la Buena Nueva: les enseña a escuchar la Palabra viva de Dios, «la Palabra del Reino» (Mt 13,19), para que todos lleguen a ser realmente «discípulos de Dios» (Jn 6,45) y les explicita los misterios de ese Reino; les muestra el pecado de los hombres, sus raíces profundas y la necesidad que tienen de convertirse radicalmente a Dios. Les enseña también la justicia nueva, cuyas exigencias aparecen resumidas en el Sermón de la Montaña (Mt 5,1-48). En el momento oportuno, cuando los discípulos se lo piden, Jesús les enseña también a orar (Lc 11,1-4). Finalmente, comparte con ellos su propia misión y les envía a evangelizar, iniciándoles en el compromiso misionero (Mc 3,14; Lc 10,1).

En una palabra, la catequesis de Jesús a sus discípulos es una formación integral y un modelo para todo catequista.

54. Además, enseña de una forma nueva, que cautiva y atrae: dotado de una hondura religiosa inefable, siempre que enseña acerca del Dios vivo a los hombres, proclamando sin rodeos su inmediatez y su soberanía absoluta; su mensaje no es aséptico sino provocador: anuncia una gran noticia y denuncia, al mismo tiempo, las actitudes torcidas; invita a definirse, a tomar una opción; comunica su mensaje en relación con la vida y los acontecimientos diarios, asumiendo las preocupaciones, gozos y esperanzas de los hombres; su lenguaje es sencillo, el corriente de todos los días; transparenta una gran ternura por la gente, sobre todo por los más humildes y los que más sufren; su enseñanza afronta el reto de la experiencia: se ve respaldada por el testimonio de su vida, y por las obras que realiza en favor de los que sufren y que son los signos del Reino (Lc 7,22).

Siguiendo las huellas de Jesús, el catequista educa también en todas las dimensiones del Evangelio, y lo hace con su misma pedagogía, apoyándose en el testimonio de su vida y en las obras de la comunidad cristiana, a quien representa.

b) Viviendo el misterio pascual de Jesús

55. El catequista no puede olvidar que el misterio pascual es el contenido fundamental del Evangelio, el núcleo esencial del testimonio apostólico.

La muerte y la resurrección de Jesús son, por consiguiente, el centro del mensaje que transmite la catequesis y la fuente que nutre la vida espiritual del catequista. «Nosotros anunciamos a un Cristo crucificado» (1 Co 1,23).

Por lo tanto, el catequista ha de tener muy presente que la transmisión del Evangelio pasa por la cruz y que él debe seguir a Jesús, cargado con ella. También él ha de saber arrostrar el rechazo, la incompreensión, el sufrimiento y la persecución como algo inherente al servicio del Evangelio: «Dichosos seréis cuando os injurien, os persigan y digan con mentira toda clase de mal contra vosotros por mi causa» (Mt 5,11).

Este sufrimiento le vendrá al catequista —como le vino a Jesús— a consecuencia de su libertad de espíritu, insobornable ante la verdad de un mensaje que no quiere callar ni traicionar: «No vende ni disimula jamás la verdad por el deseo de agradar a los hombres, de causar asombro, ni por originalidad ni deseo de aparentar. No rechaza nunca la verdad. No oscurece la verdad revelada por pereza de buscarla, por comodidad o por miedo» (EN 78).

56. El sufrimiento y la muerte no son, sin embargo, la última palabra para el que anuncia el Evangelio: «Sepa con certeza toda la casa de Israel que Dios ha constituido Señor y Cristo a este Jesús a quien vosotros habéis crucificado» (Hch 2,36). Por eso, junto a la cruz, el catequista —como Pablo— anuncia la resurrección: «Anunciaba a Jesús y la resurrección» (Hch 17, 18).

Como a los discípulos de Emaús, la experiencia de fe en el Resucitado confiere al catequista una confianza, una audacia, una paz interior, una conciencia de la victoria de Dios sobre el pecado y la muerte tales que lo convierten en testimonio vivo del Evangelio que transmite.

3. Movid por el Espíritu

57. El catequista está constantemente abierto a la acción del Espíritu Santo, tanto a la que tiene lugar en el corazón de los catequizandos como a la que acontece en su propio interior.

a) Abierto a la acción del Espíritu

58. El catequista realiza su tarea convencido de esta verdad fundamental: «El Espíritu Santo es el agente principal de la evangelización» (EN 75). Sabe que su misión esencial, como catequista, consiste en trabajar por suscitar en los catequizandos las actitudes necesarias para acoger esa acción divina: «La catequesis desempeña la función de disponer a los hombres a acoger la acción del Espíritu Santo» (DGC 22). El Espíritu Santo, es el maestro interior que, más allá de la palabra del catequista, hace comprender a los hombres el significado hondo del Evangelio: «Él es quien explica a los fieles el sentido profundo de las enseñanzas de Jesús y su misterio» (EN 75).

El catequista sabe que es portador de una sabiduría que viene de Dios. «No es la sabiduría de este mundo ni de los príncipes de este mundo» (1 Cor 2,6), no es la sabiduría de la modernidad, que hoy se pone como criterio del verdadero progreso, sino la del Evangelio. Es la sabiduría que nos comunica el Espíritu: «A nosotros nos lo reveló Dios por medio del Espíritu que todo lo sondea, hasta las profundidades de Dios. Nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que viene de Dios, para conocer las gracias que Dios nos ha otorgado» (1 Cor 2,10-12).

59. El catequista ha de ser sensible a una acción del Espíritu que no es uniforme en relación a los miembros de su grupo catequético, sino que es una acción diferenciada, es un «llamamiento que —Dios— dirige a cada uno» (CT 35). Puede actuar como llamada, promesa, perdón, corrección, paz, sentido, apoyo, presencia, purificación, exigencia, consuelo... El catequista ha de tratar de captar el carácter individualizado de esa acción divina y ayudar al catequizando a descubrirla en sí mismo. Para ello ha de saber dotar a todo el proceso de catequización de un clima religioso y de oración favorecedor del encuentro del hombre con Dios. Dicho proceso se convertirá así «en un proceso sinfónico en el que, dentro de la educación en una misma fe eclesial, cada uno encuentre el cauce de una respuesta personal y original» (CC 109).

Consiguientemente, la realidad de esta acción del Espíritu en medio del grupo catequético obliga a desarrollar una actitud de respeto hacia los catequizandos, actitud que debe ser una cierta prolongación del mismo respeto de la acción divina en los hombres: «respeto a la situación religiosa y espiritual de la persona que se evangeliza; respeto a su ritmo, que no se puede forzar demasiado;

respeto a su conciencia y a sus convicciones, que no hay que atropellar» (EN 79). Este respeto ha de referirse, incluso, a la comunidad catequética como tal, cuyo ritmo de crecimiento y maduración se mueve, como vemos, por un factor que desborda el empeño del propio catequista.

Dicho de otro modo, el catequista tendrá en cuenta que la catequesis es servicio, no dominio. Educar en la fe es posibilitar el crecimiento de una semilla —el don de la fe— depositada por el Espíritu en el corazón del hombre. El catequista está al servicio de ese crecimiento. Respeta la vocación cristiana concreta a la que Dios llama a cada uno. Una catequesis en la que todos se ajustasen, de un modo forzado, al molde de su catequista sería una mala catequesis: «No es que pretendamos dominar (enseñorearnos de) vuestra fe, sino contribuir a vuestro gozo» (2 Cor 1,24).

60. En resumen, el aspecto de conversión y de lucha que todo proceso catequizador encierra —principalmente con adultos y jóvenes y que cada vez se descarta menos con los niños— tiene lugar, en último término, en la soledad del encuentro de cada cristiano con Dios. El catequista es sólo un mediador de ese encuentro. No es él quien da directamente la fe sino el que facilita, con su palabra catequizadora, el don de Dios y la respuesta del hombre: «Ni el que planta ni el que riega es algo, sino Dios que hace crecer» (1 Cor 3,7). Se puede ser un excelente catequista y verse incapaz de evitar las resistencias e, incluso, la negativa del hombre a las exigencias de la invitación divina. «La catequesis, que es crecimiento en la fe y maduración de la vida cristiana hacia la plenitud, es por consiguiente una obra del Espíritu Santo, obra que sólo Él puede suscitar y alimentar en la Iglesia» (CT 72).

b) La espiritualidad del catequista

61. El catequista descubre la acción del Espíritu Santo no sólo en el catequizando sino dentro de sí mismo, como fuente de la espiritualidad exigida por su tarea.

La propia experiencia cristiana del catequista desempeña una función decisiva en su tarea catequizadora. «En el fondo, ¿hay otra forma de comunicar el Evangelio que no sea la de transmitir a otro la propia experiencia de fe?» (EN 46). El testimonio de fe del catequista y su palabra evangelizadora forman una unidad estrecha en orden a la eficacia real de la catequesis. En el fondo del catequizado late la pregunta acerca de la autenticidad de la fe del catequista. «Tácita o a grandes gritos, pero siempre con fuerza, se nos pregunta: ¿Creéis verdaderamente en lo que anunciáis? ¿Vivís lo que creéis? ¿Predicáis verdaderamente lo que vivís? Hoy más que nunca el testimonio de vida se ha convertido en una condición esencial con vistas a una eficacia real de la evangelización» (EN 76).

La importancia de este dato es obvia a la hora de organizar la formación de los catequistas, uno de cuyos aspectos ha de consistir en facilitarles la maduración de su propia fe personal.

62. Supuesto esto, cabe preguntarse si el ejercicio de la catequesis no configura la vida cristiana común con unos rasgos peculiares. En concreto, ¿cómo se ve configurada la espiritualidad del catequista por el desempeño de la tarea de catequizar?

Toda espiritualidad cristiana se sustenta, en último término, en las virtudes teologales: «El apostolado se ejercita en la fe, en la esperanza y en la caridad, que derrama el Espíritu Santo en los corazones de todos los miembros de la Iglesia» (AA 3).

63. La fe del catequista se alimenta con la substancia viva del Evangelio ya que su misión consiste en transmitir los aspectos fundamentales del misterio cristiano, constitutivos de lo que es común a todo creyente. La tarea del catequista se circunscribe a iniciar en lo esencial de la fe, en lo que es necesario para fundamentarla. Construye, por tanto, su espiritualidad sobre las certezas sólidas (CT 60) del Evangelio.

Su horizonte espiritual normal no es el del teólogo, situado en las fronteras de la investigación y de las cuestiones teológicas abiertas a la exploración. Su vida cristiana se nutre de los acontecimientos salvíficos decisivos —sentido y clave de toda la Escritura— y enunciados en el Símbolo; de los valores evangélicos más fundamentales, tal como aparecen en las Bienaventuranzas

y en el Sermón del Monte; de las actitudes subyacentes al Padre Nuestro, configuradoras de toda oración cristiana (cf. CC 231).

La meditación asidua de estas realidades básicas de la fe proporciona a la espiritualidad del catequista la solidez de la simplicidad del Evangelio, el gozo profundo de una Buena Noticia incesantemente rumiada. Radicado en lo nuclear común, el catequista —servidor de la unidad de la confesión de fe (cf. CC 71)— es un incansable buscador de la unidad (EN 77), ya que su tarea le hace constantemente centrarse en lo que une a todo cristiano más que en lo que lo separa.

64. La esperanza del catequista, como virtud que le hace superar los obstáculos y dificultades inherentes a su tarea catequizadora, le lleva a asumir y dar sentido al sufrimiento provocado por: las malas disposiciones o limitaciones de los cristianos que no responden al Evangelio como él desearía; su propia falta de fe, creadora de una distancia dolorosa entre el Evangelio que anuncia y su vivencia real; los contrasignos de la comunidad cristiana que contradicen el Evangelio que transmite; las condiciones pobres —y a menudo insuficientes— en las que ha de realizar su tarea; la oposición o indiferencia de los que deberían apoyarle y el rechazo o persecución de los que se cierran a la Buena Nueva del Reino; la oposición o el descrédito de la religiosidad por una parte de la sociedad que ha cambiado su escala de valores; la oposición causada o bien por la negación de la fe o bien por la indiferencia en el mundo cultural de hoy.

La fuerza que sostiene la esperanza del catequista viene del mismo Dios: «Estoy contento en las debilidades, ultrajes e infortunios, persecuciones y angustias, sufridas por Cristo; pues cuando soy débil, entonces soy fuerte» (2 Cor 12,10). Esta fuerza de Dios en nosotros es confianza en la palabra de Cristo que nos dice que el Reino de Dios es semilla que crece de modo imperceptible (Mc 4,26-28), semilla de mostaza que se desarrolla hasta convertirse en árbol y pequeña cantidad de levadura que transforma toda la masa (Lc 13,18-21).

Basada en la fuerza de Dios, la esperanza comunica al catequista una energía interior que se manifiesta en la alegría íntima de saberse ministro del Evangelio y de ser considerado digno de padecer por su causa.

Es precisamente esta alegría⁹, este gozo que confiere el Espíritu (Gál 5,22), el distintivo auténtico del catequista y la prueba de que la Buena Noticia que anuncia ha invadido su corazón (Jn 15,11). «Ojalá que el mundo pueda percibir la Buena Nueva no a través de evangelizadores tristes y desalentados, impacientes o ansiosos, sino a través de ministros del Evangelio cuya vida irradia el fervor de quienes han recibido la alegría de Cristo» (EN 80).

65. El amor del catequista se dirige preferentemente hacia sus catequizandos a los que ama con un amor entrañable. «¿De qué amor se trata? Mucho más que el de un pedagogo; es el amor de un padre; más aún, el de una madre. Tal es el amor que el Señor espera de cada predicador del Evangelio, de cada constructor de la Iglesia» (EN 79).

El catequista confía en las posibilidades de todos y cada uno de los catequizandos. Es un amor paciente, sabedor de que madurar en la fe exige tiempo. Sabe esperar, por tanto, con paciencia a que madure la semilla de la fe y no se frustra al no percibir inmediatamente los frutos. Conoce a los catequizandos, se alegra y sufre con ellos, y comparte sus problemas y preocupaciones. El catequista procura que «su aceptación incondicional respecto de cada catecúmeno constituya un signo importante de la gratuidad del amor de Dios» (CC 111).

El amor a la Iglesia configura, de manera particular, la espiritualidad del catequista. «Como Cristo amó a la Iglesia y se entregó por ella» (Ef 5,25), el catequista es sostenido en su tarea catequizadora por ese mismo amor. Se siente vinculado a su Iglesia particular —y a través de ella a la Iglesia universal— por una relación cordial y llena de confianza. Su misión únicamente tiene sentido en el seno de la Iglesia y desde la Iglesia. Esta vinculación eclesial la concreta el catequista en el amor a su comunidad cristiana en la que está inserto y en la que la Iglesia se hace visible y cercana.

66. La espiritualidad del catequista se nutre en la contemplación. Con una actitud de sencillez, como un «pobre de espíritu» (Mt 5,3), el catequista penetra —con el corazón abierto— en el misterio divino: «Nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquél a quien el Hijo se lo quiera revelar» (Lc 10,22).

Es menester primeramente permanecer en el silencio de la presencia de Dios, oírle hablar largo tiempo, para hablar luego de Él a los hombres.

Puesto que es propio del catequista transmitir orgánicamente el Evangelio, su oración entrafará —normalmente— un elemento de meditación, en el que el conocimiento sea fuente de experiencia cristiana. Esta oración meditativa deberá ser alimentada por una cultura bíblico-teológica sólida.

La oración del catequista estará imbuida de espíritu litúrgico. Su tarea de ser iniciador en la liturgia de la comunidad la ejercerá desde unas actitudes celebrativas que su espiritualidad ha de cultivar. Debe saber encontrarse a gusto en la fiesta, en la asamblea litúrgica, en las celebraciones sacramentales, especialmente en la celebración de la Eucaristía.

4. Dentro de la Iglesia

67. La vocación del catequista tiene una profunda dimensión eclesial. Por un lado, está entroncado en una tradición viva que le ha precedido. Es sólo un eslabón en una cadena de catequistas que, a lo largo de las generaciones, han ido transmitiendo el Evangelio.

Por otro lado, el catequista está inserto en una comunidad cristiana concreta y, como miembro activo de ella, desarrolla un acto eclesial, fundamental para la vida de la Iglesia.

Esta doble faceta —tradicional y comunitaria— de la dimensión eclesial de su vocación es decisiva en la configuración de su identidad como catequista.

a) *Entroncado en una tradición viva*

68. La tarea que realiza el catequista participa —como hemos visto— de la propia misión de Jesús y se remonta a la Iglesia apostólica. En realidad, «el mensaje evangelizador de la Iglesia, hoy y siempre, es el mensaje de la predicación de Jesús y de los Apóstoles» (CC 21).

El catequista es, por tanto, testigo y eslabón de una tradición que «deriva de los apóstoles» (DV 8). Quien catequiza transmite el Evangelio que, a su vez, ha recibido: «Os transmití lo que a mi vez recibí» (1 Cor 15,3). «La predicación apostólica... se ha de conservar por transmisión continua hasta el fin de los tiempos» (DV 8). Hay en ella ciertas constantes, inalterables al paso del tiempo, que configuran toda la misión de la Iglesia y, por tanto, la catequesis (cf. CC 21). El catequista ha de conformar su acción educadora con estas constantes si no quiere exponerse a «correr en vano» (Gál 2,2).

Hacemos nuestra la sensibilidad de Juan Pablo II al recordarnos el respeto con que hemos de tratar el Evangelio recibido: «Todo catequista debería poder aplicar a sí mismo la misteriosa frase de Jesús: “Mi doctrina no es mía sino del que me ha enviado”» (Jn 7, 16).

Qué contacto asiduo con la Palabra de Dios transmitida por el Magisterio de la Iglesia, qué familiaridad profunda con Cristo y con el Padre, qué espíritu de oración, qué despeggo de sí mismo ha de tener el catequista para poder decir «mi doctrina no es mía» (CT 6).

69. La acción catequizadora de los apóstoles es uno de los pilares sobre los que crecen las primeras comunidades cristinas: «Acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, a la comunión, a la fracción del pan y a las oraciones» (Hch 2,42). «Se encuentra aquí, sin duda alguna, la imagen permanente de una Iglesia que, gracias a la enseñanza de los Apóstoles, nace y se nutre continuamente de la Palabra del Señor, la celebra en el sacrificio eucarístico y da testimonio al mundo con el signo de la caridad» (CT 10). Pero pronto los apóstoles comparten con otros su ministerio. Asocian a otros discípulos en su tarea de catequizar. Incluso simples cristianos, dispersados por la

persecución (Hch 8,4), van por todas partes transmitiendo el Evangelio. Con ellos la cadena ininterrumpida de los catequistas empieza a extenderse.

70. La Iglesia continúa esta misión de enseñar de los Apóstoles y de sus primeros colaboradores. En los siglos III y IV, Obispos y Pastores, los de mayor prestigio, consideran como parte esencial de su ministerio episcopal enseñar de palabra o escribir tratados catequéticos (cf. CT 12). Vinculan directamente a su ministerio la acción catequizadora de sus Iglesias para encauzar mejor, así, su crecimiento y consolidación. Es la época del catecumenado, época luminosa y punto de referencia constante para los catequistas de todos los tiempos.

71. En esta sucesión ininterrumpida de catequistas a lo largo de los siglos, la catequesis saca siempre nuevas energías de los concilios, con los que la figura del catequista se fortalece.

El Concilio de Trento da un impulso trascendental a la catequesis, al requerir celosamente la formación religiosa del pueblo y particularmente de los niños. Despierta en obispos y sacerdotes la conciencia de sus deberes con relación a la catequesis. La función del catequista no queda reservada a los párrocos y a los padres sino que se encomienda también a maestros, religiosos y a todo seglar dispuesto a colaborar.

El de Trento fue un Concilio que propuso como primera vía de reforma la del Pastor y del catequista, considerándolo más importante que la institucionalización de la catequesis y los instrumentos, que fomentó y renovó también muchísimo.

El Concilio Vaticano II está impulsando, igualmente, una verdadera renovación catequética en nuestros días. Aunque, como es sabido, no elaboró un documento que tratase explícitamente sobre la catequesis, sentó —sin embargo— las bases para una renovación profunda de la misma. Los grandes documentos conciliares sobre la divina revelación (DV), sobre la Iglesia (LG), sobre la sagrada liturgia (SC) y sobre la Iglesia en el mundo contemporáneo (GS) establecen los fundamentos de esa renovación y dibujan implícitamente la figura de un nuevo tipo de catequista.

b) Inserto en la comunidad cristiana

72. Además de saberse entroncado en una tradición viva, el catequista ve configurada su identidad por su inserción en la comunidad eclesial. No es un evangelizador aislado, que actúa por libre. Es como un árbol arraigado en el terreno firme de la comunidad cristiana. Sólo desde esa vinculación su acción podrá producir fruto.

Al catequizar actúa como portavoz de la Iglesia, transmitiendo la fe que ella cree, celebra y vive: «Cuando el más humilde catequista [...] reúne su pequeña comunidad, aun cuando se encuentre solo, ejerce un acto de Iglesia y su gesto se enlaza mediante relaciones institucionales ciertamente, pero también mediante vínculos invisibles y raíces escondidas del orden de la gracia, a la actividad evangelizadora de toda la Iglesia» (EN 60).

El catequista, por tanto, deberá poseer una viva conciencia de pertenencia a la Iglesia ya que la catequesis no puede realizarse si no es a partir de una sintonía y comunión profundas con ella (cf. CC 138).

En una época como la nuestra, en la que «no faltan cristianos y aun grupos o movimientos que [...] llegan a perder o a debilitar excesivamente el afecto eclesial y la comunicación real con la Iglesia concreta de la que forman parte» (TDV 33), el catequista desempeña en este punto un papel decisivo: «Es imposible una verdadera renovación de la catequesis sin un sentido eclesial sano, como es muy difícil recuperar el auténtico sentido eclesial sin la catequesis» (CC 138).

73. Este sentido eclesial es vivido y alimentado, de ordinario, por el catequista en una comunidad cristiana inmediata (parroquia, comunidad eclesial de base...). En la comunidad inmediata los cristianos nacen a la fe de la Iglesia y van nutriéndose en ella. En la comunidad cristiana inmediata el Espíritu suscita carismas y servicios diferentes y, entre ellos, el servicio de la catequesis.

El horizonte y la meta de todo catequista es convertir al catequizando en un miembro activo y responsable de la comunidad cristiana.

En unos tiempos en los que «la función educadora de la familia cristiana se ha debilitado notablemente y ha aumentado sobremanera la influencia disgregadora del ambiente» (TDV 34), la catequesis ha de fomentar el sentido comunitario de la fe y ha de crear espacios comunitarios de talla humana donde poder educar y vivir una fe personalizada.

Esta tarea se realizará mejor si se fomenta en el catequista la conciencia de pertenencia al grupo de catequistas, que ha de constituir en la comunidad cristiana un verdadero germen de vida eclesial. No pocos catequistas encuentran, de ordinario, en el grupo de catequistas —según su propia confesión— la realidad más profunda de la vida de la Iglesia y de su misión. El testimonio de unión fraterna que dicho grupo manifieste es, por otra parte, un factor decisivo en la tarea catequizadora de la comunidad.

En resumen, el sentido eclesial del catequista —configurador de su identidad— está, así, abierto y vinculado tanto a la Iglesia universal y particular como a la comunidad cristiana inmediata y al grupo de catequistas con los que actúa.

Solamente estando enraizado en la misión de Jesús y de los Doce, y entroncado en la tradición y vida de la Iglesia, el catequista producirá fruto abundante en un mundo que, hoy más que nunca, necesita a Dios.

5. Al servicio de los hombres

74. Hombre de Iglesia y en vinculación cordial con ella, el catequista está abierto a los problemas del hombre de nuestro tiempo y de nuestra sociedad, así como a la persona concreta del catequizando a quien sirve.

a) Apertura del catequista a lo humano

75. El catequista no es un ser aislado que transmite una tradición muerta. Para transmitir el Evangelio, que es interpelación actual al hombre, necesita estar abierto a los problemas y deseos del hombre y del entorno social en que vive.

Esta apertura a lo humano es una exigencia del Espíritu ya que es Él «quien hace discernir los signos de los tiempos —signos de Dios— que la evangelización descubre y valoriza en el interior de la historia» (EN 75).

Enraizado en su ambiente, el catequista comparte «los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo» (GS 1) y se compromete con ellos. Precisamente es esta sensibilidad para lo humano la que hace que su palabra catequizadora pueda echar raíces en los intereses profundos del hombre e iluminar las situaciones humanas más acuciantes, promoviendo una respuesta viva al Evangelio. Su propio testimonio de compromiso social, compatible con su dedicación a la catequesis, tiene —ante los catequizandos— un valor educativo muy importante.

76. A veces, sin embargo, el catequista puede verse tentado por la sospecha de si su servicio catequizador es un verdadero compromiso con los hombres y si su puesto, sobre todo siendo laico, no estará en asumir exclusivamente responsabilidades sociales directas, sin tener que dedicar su tiempo a la tarea de educar la fe, que queda en el ámbito intraeclesial. Pudiera parecerle que otros agentes evangelizadores, íntegramente comprometidos en la promoción de la justicia, sirven a la causa del Evangelio mejor que él.

No debe caer en esa tentación ya que la tarea catequética es profundamente humanizadora. Da a conocer y vincula a Jesucristo, que es la afirmación del hombre. Transmite el Evangelio, que es un mensaje que encierra un sentido profundo para la vida y responde a los deseos más hondos del corazón humano. Inicia en el compromiso social (CC 92), abriendo al cristiano a «las consecuencias

sociales de las exigencias evangélicas» (CT 29). Sin la catequesis que él imparte, los militantes cristianos no podrían desarrollar en el mundo una acción comprometida realmente evangélica.

77. Por otra parte, junto a esta dimensión social, la catequesis colabora a una inserción más humana del cristiano en la trama de lo cotidiano. Centrado como está el Evangelio en el amor, con los innumerables aspectos de esta dimensión cristiana fundamental (1 Cor 13,1-13), la vida evangélica en la que inicia el catequista proporciona una honda densidad humana en la vida diaria.

Es obvio que para desarrollar todo ello se necesita que el catequista sea un «experto en humanidad» (Pablo VI, en la ONU), asumiendo la solicitud fundamental de la Iglesia por el hombre, que tanto inculca Juan Pablo II (cf. JUAN PABLO II, Carta enc. *Redemptor hominis* [RH] 13).

b) Al servicio de la maduración personal de la fe

78. La acción catequética es un servicio, y un servicio educativo a unos hombres concretos. El catequista realiza su tarea atento no sólo al mensaje del Evangelio sino al hombre a quien catequiza.

Esta atención al hombre empieza por conocer a los cristianos de su grupo catequético: conocer su modo de ser, sus circunstancias personales, sus experiencias humanas más profundas, su entorno familiar, el ambiente y medio en que viven... ¡Qué importante es para un catequista conocer, por ejemplo, cómo ha tenido lugar en concreto el despertar religioso de un niño en la familia, despertar que —por desgracia— no siempre se da hoy! (cf. CT 19,42) ¡Qué importante, igualmente, es estar atento a los interrogantes concretos y a las experiencias hondas del joven o adulto de su grupo!

79. En esta misma línea es fundamental que el catequista conozca no sólo el presente del cristiano sino también su pasado, para poder integrarlo en el proceso de la catequización.

En efecto, no sólo el niño viene a la catequesis con unas vivencias religiosas más o menos hondas, adquiridas en el seno familiar. También el joven y el adulto llegan a ella con una biografía religiosa determinada. Traen una imagen de Dios concreta, más o menos cercana a la del Evangelio; una determinada experiencia de oración; unos criterios morales ya asumidos; unas actitudes concretas respecto a la Iglesia; y, sobre todo, unos acontecimientos vividos y unas decisiones adoptadas en el pasado que le acercaron o le alejaron de Dios.

El catequista ha de procurar que todo ese pasado —rico y ambiguo— sea tenido en cuenta por el cristiano para discernirlo, purificarlo, asumirlo y reorganizarlo a la luz del Evangelio.

Este conocimiento de los destinatarios llevará al catequista —en la medida de lo posible— a establecer un diálogo con cada uno de ellos, no dudando en ser generoso en el tiempo que les dedique.

80. El servicio educativo del catequista no se detiene en las personas aisladas. Educa también la relación concreta que se va estableciendo entre ellas, es decir, la vivencia comunitaria del grupo catequético.

El catequista ha de conocer la dinámica concreta de su grupo, las tensiones que surgen, cómo va madurando, los momentos dinamizadores, la situación de cada miembro en la dinámica grupal.

Su función como catequista es facilitar que esa vivencia comunitaria vaya creciendo y madurando, movida por ese motor vitalizador que es el amor fraterno.

Procurará también no crear un grupo cerrado sino abierto a las necesidades —humanas y religiosas— de los hombres del entorno concreto.

81. El servicio educativo que presta el catequista no ha de ser considerado aisladamente sino en vinculación con la acción educadora de aquellas personas que también ejercen su influencia en los mismos sujetos que él.

Ha de saber, por tanto, situar su acción catequizadora dentro de la más amplia tarea de la educación humana y cristiana de aquellos a quienes catequiza.

Esto le llevará a relacionarse con esos educadores: padres, maestros, profesores de religión, responsables de movimientos, sacerdotes...

6. Los cauces y signos de la vocación del catequista

82. La vocación del catequista, como decíamos más arriba, llega a través de caminos ordinarios, con ocasión de circunstancias muy diversas. Ahora queremos determinar los cauces y signos a través de los cuales toma cuerpo esa llamada: las necesidades de catequización que tiene la Iglesia, el llamamiento interior para asumir esta tarea (registrado en un cierta inclinación por ella) unido a unas cualidades requeridas, el llamamiento personal de la autoridad eclesial que, previo discernimiento, confiere la misión de catequizar.

a) Las necesidades de catequización

83. Dios llama a la tarea de catequizar a través de la imprescindible necesidad de catequización que tiene toda comunidad cristiana. En efecto, tanto el primer anuncio del Evangelio como la catequesis están al servicio de un mensaje que no surge, primariamente, de las necesidades interiores del ser religioso del hombre sino que viene de Dios. Es el mismo Evangelio, gratuitamente ofrecido por Dios, el que pide ser comunicado y profundizado.

En las circunstancias actuales esta necesidad es mucho mayor, incluso —diríamos— apremiante y concierne no sólo a los niños y jóvenes sino también a los adultos. En un mundo progresivamente secularizado, que no ofrece apoyos a la fe y a la vida cristiana, son muchos los cristianos necesitados de una fundamentación de su fe mediante un proceso catequético de formación cristiana integral. «Una minoría de edad cristiana y eclesial no puede soportar las embestidas de una sociedad crecientemente secularizada» (Juan Pablo II en Granada, 5-XI-1982).

Conforme a una nueva sensibilidad que está apareciendo en la sociedad, verdadero «signo de los tiempos», queremos destacar también la necesidad de una catequesis para los deficientes tanto psíquicos como sensoriales (ciegos o sordos). La Iglesia tiene la responsabilidad de educar en la fe a tantos y tantos minusválidos bautizados y de proporcionarles una catequesis adecuada a su situación. Las comunidades cristianas han de saber integrar en su seno a estos hermanos en la fe, incorporándolos a la dinámica normal de la vida eclesial, sin hacer de ellos algo aparte. Además debe ser un estímulo el hecho de que el anuncio del Evangelio a los desvalidos es garantía de que el Reino de Dios ya está presente en la comunidad.

Los Obispos españoles nos hemos hecho eco de esta necesidad de catequización imperiosa y urgente detectada en nuestra Iglesia: «Buscamos una pastoral catequética intensa, inteligente, fiel a las orientaciones del Papa y de los Obispos, que ayude a los niños y jóvenes cristianos, y a los cristianos adultos necesitados de una re-iniciación, en todo el período de su maduración personal y que consolide la fe de los creyentes adultos en la nueva situación social y cultural de nuestro país» (P 31).

84. Este llamamiento de la Iglesia para intensificar la catequesis, en sus diversas modalidades, como «primer objetivo» y «prioridad» insoslayable en nuestro quehacer pastoral, reclama la necesidad de diversos tipos de catequistas: de adultos, de jóvenes, de niños, de la tercera edad, de deficientes, de novios en orden al matrimonio, de padres en orden al bautismo de sus hijos, de emigrantes, de marginados... En este sentido la llamada de la Iglesia no es sólo una llamada genérica a ser catequista sino que —de acuerdo a la inclinación y aptitud de cada uno— se dirige a desarrollar diversos tipos de catequistas.

Esta apremiante necesidad de catequizar exige, sin duda, un gran número de catequistas. Lo reconocemos. Pero un gran número de catequistas no satisfará convenientemente a las necesidades

de la evangelización en el mundo actual si no están encuadrados, animados y dirigidos por catequistas dedicados de una manera estable a este servicio y dotados de una gran preparación.

Ante este conjunto de necesidades, el ideal sería que cada comunidad cristiana pudiera suscitar y formar sus propios catequistas, respondiendo así a sus propias necesidades de catequización. Como esto no es siempre posible, corresponde a la Iglesia particular la tarea de organizar una adecuada pastoral de catequistas, mediante la que se susciten vocaciones, se les forme de manera adecuada, se les distribuya con equilibrio, se les atienda con esmero y se les otorgue el debido reconocimiento eclesial.

b) La atracción por la catequesis y las cualidades requeridas para su ejercicio

85. Toda la comunidad cristiana, particularmente sus pastores, es responsable frente a esta urgente necesidad de catequización. El cristiano que percibe esta necesidad se siente, muchas veces, personalmente interpelado en su interior para comprometerse en la tarea de catequizar. A través de esta inclinación, unida a las cualidades indispensables y a la aceptación de los pastores de la Iglesia, es Dios mismo quien llama.

¿Qué cualidades básicas son éstas? Obviamente hablamos aquí de las cualidades previas a la formación, es decir, de aquellas disposiciones básicas sobre las que cristalizarán más tarde las disposiciones propiamente catequéticas y que —como metas de dicha formación— más adelante describiremos.

86. Para discernir una auténtica vocación los responsables de la comunidad eclesial tendrán en cuenta si se dan estas disposiciones:

Bajo el punto de vista de su condición de creyente, el candidato debe haber hecho la opción cristiana de fondo, estar iniciado en lo más elemental de la fe y vida cristianas, vivir en comunión cordial con la Iglesia y cumplir sus mandamientos, y estar dispuesto a llevar adelante el proceso de madurez cristiana y eclesial.

Un hombre o una mujer que están aún indecisos respecto a su opción cristiana, que ignoran lo más elemental de la fe, que tienen criterios o valores opuestos a los del Evangelio y no están dispuestos a renunciar a ellos, que no practican o que sienten despego respecto a la Iglesia, no pueden aspirar a ser catequistas.

Bajo el punto de vista de la motivación por la que el candidato quiere ser catequista, debe aceptar la tarea de catequizar precisamente como una tarea fundada en su condición de cristiano y al servicio de la edificación de la Iglesia y de su misión.

Quien quisiera asumir esta tarea por alcanzar una significación social, por afán de protagonismo, por tener una ocupación con la que llenar el tiempo, por encontrar una actividad donde adquirir amigos... sin que aparezca para nada como motivo el servicio al Evangelio y a la Iglesia, no puede ser catequista.

Bajo el punto de vista de sus cualidades humanas, el candidato debe gozar de una cierta madurez y equilibrio, particularmente con una capacidad para la relación y el diálogo y con la suficiente apertura al mundo. Habrá de saber trabajar en grupo y colaborar con otros catequistas y educadores. Hablando en general, parece necesario que el candidato haya alcanzado la mayoría de edad, aunque —excepcionalmente— puede darse tal madurez en quienes se acercan a ella.

Aceptar, en principio, casi exclusivamente a adolescentes para salir al paso de las necesidades que plantea la catequesis nos parece un grave error.

Los responsables de la comunidad cristiana habrán de discernir o probar la autenticidad y verdad de las cualidades y motivaciones que impulsan al candidato a ofrecerse para este servicio. Es necesario que se den desde el principio, siquiera de una forma germinal, pero con las suficientes garantías de que a través de un proceso de formación podrán desarrollarse. La capacidad de

someterse a él y los logros que se vayan adquiriendo son también caminos por los que llega la vocación al catequista.

c) La misión conferida al catequista

87. Conforme a lo que más arriba dijimos sobre la naturaleza de la catequesis, el catequista, para ejercer su servicio en nombre de la Iglesia, habrá de recibir una misión o encargo oficial de la autoridad eclesial, previo discernimiento de sus cualidades y de la formación recibida. Para este discernimiento la autoridad contará, de ordinario, con el juicio del grupo de catequistas y de algunos miembros de la comunidad.

El Obispo, por tanto, envía a sacerdotes, religiosos y seglares a ejercer el ministerio de la Palabra, dentro del cual la catequesis tiene un puesto señalado. La función de catequizar se ejercerá siempre bajo la autoridad del obispo. La acción de transmitir el Evangelio está, como hemos dicho, muy estrechamente ligada a su persona.

En virtud de esta delegación, el catequista actúa «no por una misión que él se atribuye a sí mismo o por inspiración personal, sino en unión con la misión de la Iglesia y en su nombre» (EN 60).

Parece conveniente recomendar que el Obispo, de manera pública, reconozca y encargue a los religiosos y seglares este servicio de la catequesis en la Iglesia particular, realizándolo en el contexto de una celebración litúrgica.

III. LA FORMACIÓN DE CATEQUISTAS

88. Deseamos, en esta tercera parte, abordar un tema de fundamental importancia en relación con los catequistas: el de su formación. Deseamos, con ello, colaborar a potenciar las muchas iniciativas ya existentes en las diócesis y a suscitar otras nuevas.

Concebimos este capítulo como un «Itinerario o plan fundamental de formación de catequistas»¹⁰, es decir, como un conjunto de criterios, amplios y admitidos por todos, que indiquen el camino (itinerario) a seguir a la hora de *organizar*, en concreto, la formación de los catequistas en un Iglesia particular.

También lo entendemos como una luz que ilumine el proceso (itinerario) de formación de un catequista, proceso largo, dotado de actividades formativas muy diversas y que, a partir de unas cualidades básicas previas, trata de alcanzar como meta la madurez de las mismas y la capacitación suficiente para catequizar.

Dado el carácter orientador de este documento, nos limitamos a señalar los principios que creemos han de inspirar dicha formación, las metas que hay que alcanzar, la peculiaridad pedagógica de esta actividad, sus diversas modalidades y algunos criterios generales sobre las bases de programación.

1. Principios inspiradores de la formación de catequistas

89. Para organizar de forma debida la formación de catequistas conviene tener previamente en cuenta varios criterios fundamentales que son los que, en último término, van a configurar —en un sentido o en otro— dicha formación. Señalamos algunos de ellos:

a) Una responsabilidad de la Iglesia particular

90. La formación de catequistas ha de ser concebida desde la perspectiva y responsabilidad de la diócesis. La razón de ello no es sólo, ni primariamente la eficacia sino, ante todo, una razón teológica.

En efecto, el hecho de que el catequista se prepara, en último término, para integrarse en el único ministerio catequético de la Iglesia particular y actuar en su nombre es la razón decisiva para formarle, precisamente, desde la perspectiva de la diócesis. Además, una formación planeada desde esta perspectiva es, sin duda, la mejor garantía de que esta formación se realiza en sintonía con la naturaleza y misión de la Iglesia universal.

Por otra parte, a la organización de la acción catequética toda ella y, por tanto, a la de la formación de los catequistas debe preceder un «análisis de la situación» (DGC 99). Es obvio que este análisis —que comporta diversos aspectos (DGC 100)— desborda el ámbito de las comunidades cristianas inmediatas y debe hacerse en un nivel más amplio: el diocesano. Desde esta perspectiva la formación se adapta mejor a las diferentes situaciones concretas, ya que desde una visión de conjunto se puede percibir mejor la peculiaridad de cada zona en la diócesis¹¹.

Desde esta amplio análisis de la situación, la formación de catequistas responderá mejor a las exigencias del momento presente: «Es necesario que los obreros del Evangelio aprendan a descubrir las posibilidades abiertas a su acción en una situación nueva y diversa» (DGC 102).

La acción catequizadora, en consecuencia, con los diferentes aspectos que lleva consigo (objetivos básicos, coordinación con otras acciones evangelizadoras, sectores o ámbitos a privilegiar, distribución de agentes, formación de los mismos, instrumentos a utilizar...), se proyecta desde las necesidades de la Iglesia particular.

Por eso, el Concilio Vaticano II pide al obispo que promueva la formación de catequistas en su diócesis: «Procuren que los catequistas se preparen debidamente para este menester» (CD 14). Esta recomendación queda recogida en el Código de Derecho Canónico que dice: «Cuiden los Ordinarios del lugar de que los catequistas se preparen debidamente para cumplir bien su tarea» (c. 780).

Desde la óptica más amplia de la Iglesia particular se podrán determinar mejor las modalidades de formación más adecuadas, el lugar o lugares más idóneos para impartirla, el tipo de catequistas especializados que conviene fomentar, los formadores que se necesitan, los instrumentos más idóneos, lo que debe ser realizado en las parroquias y comunidades y lo que supera ese marco... y, en general, el contenido y método de fondo de dicha formación.

Es preciso, pues, que cada Iglesia particular elabore su propio plan de formación de catequistas.

b) La relación con la formación de otros agentes evangelizadores

91. Al planificar la formación de catequistas en una diócesis es preciso tener en cuenta cómo y dónde se van a formar los agentes de otras acciones pastorales. Partimos del supuesto de que la invitación a participar en el servicio catequético no debe ser la única oferta de colaboración en la misión evangelizadora.

Desde la perspectiva de la Iglesia particular, la organización de la formación de los agentes de los diversos servicios laicales es más general y lógicamente anterior al problema —más particular— de la formación de catequistas.

Esto afecta, sobre todo, a los que asumen con plena dedicación responsabilidades evangelizadoras y plantea el interrogante de la conveniencia de instituir en nuestras diócesis —en los años próximos— centros de formación para servicios laicales, en íntima vinculación con los seminarios sacerdotales. El Concilio Vaticano II solicita la creación de este tipo de centros: «Créense centros de documentación y estudio no sólo teológicos, sino también antropológicos, psicológicos,

sociológicos y metodológicos, para fomentar cada día más la capacitación de los seglares, hombres y mujeres, jóvenes y adultos, en todos los campos de apostolado» (AA 32).

Los campos de acción en que estos seglares podrían realizar su tarea evangelizadora dependen de las necesidades concretas de cada diócesis. Junto a los de siempre: servicios de catequesis, liturgia, Cáritas, animación de grupos cristianos, formación de militantes, acogida y preparación de novios... (cf. CF 26¹²), convendría instaurar otros servicios nuevos: cristianos en el mundo de la droga, presencia cristiana en la difusión de la cultura, animación pastoral de pueblos sin sacerdote...

La formación conjunta de los seglares, en este nivel, tendría la ventaja —entre otras— de favorecer mejor la conjunción futura de los diferentes ministerios o servicios laicales en una diócesis.

Otras son, sin embargo, las exigencias que plantea —de ordinario— la formación de los catequistas voluntarios, cuyo número en una diócesis es —necesariamente— muy elevado. Las ventajas de una formación conjunta con los que asumen otras tareas no son tan evidentes en nuestras Iglesias particulares. Incluso podríamos preguntarnos si la realización de la formación de los catequistas de niños, jóvenes y adultos debe llevarse a cabo de una manera unitaria o, dada la gran desproporción numérica, no resulta más aconsejable que se haga por separado.

c) Realismo y creatividad en la planificación de la formación

92. La organización de la formación de los catequistas en una Iglesia particular ha de ser muy realista. Ha de contar con la realidad de los catequistas de que dispone así como con la formación que, de hecho, se les está proporcionando, avanzando en su mejora. Esto implica un esfuerzo por conocer lo mejor posible esa realidad, valiéndose —si se cree oportuno— de encuestas sociológicas como las llevadas a cabo en algunas diócesis.

Un riesgo en que, a veces, caen algunos expertos, e incluso quienes desempeñan responsabilidades diocesanas, es proyectar la formación de catequistas a partir de unos programas prefijados y destinados a un tipo de comunidad cristiana y un tipo de catequesis que no se corresponden con las condiciones reales que existen y pueden existir en la diócesis a que deben servir.

93. Junto al estudio de los sectores y ambientes de la diócesis a los que atienden los catequistas actuales es imprescindible, también, descubrir las necesidades reales de catequización que tiene la Iglesia particular. Hay que determinar, a partir de ellas, los diferentes tipos de catequistas que son necesarios para cubrir esas necesidades y, consiguientemente, hay que preparar los planes de formación adecuados para ellos.

Si la necesidad de la catequización de niños y jóvenes es una necesidad clara, ya que todos ellos tienen derecho a una catequesis que reciben por primera vez, las necesidades catequizadoras con adultos están más encubiertas, pero no por eso son menos importantes y decisivas para el crecimiento interno de la Iglesia local (cf. CC 37. 98).

Catequistas de adultos (sacerdotes, religiosos y seglares), catequistas de jóvenes, catequistas para la tercera edad, catequistas de deficientes, catequistas de cultura popular... las necesidades son grandes. Por eso, junto a la realidad de los catequistas que tenemos, hay que contar con la previsión de los catequistas que necesitamos.

Promover vocaciones para la catequesis no es tarea fácil. Es un trabajo que hay que planificar a largo plazo y en íntima vinculación con la organización de su formación. Hay que tender a equilibrar poco a poco la catequesis dirigida a las diferentes etapas vitales mediante una promoción cuidada de catequistas hacia los sectores más desprovistos de ellos.

94. Respecto a las modalidades de formación —y hablando de los catequistas de niños— conviene tener en cuenta, entre otros, algunos datos que nos facilitan los estudios hechos en algunas diócesis.

Por una parte, los catequistas que reciben una formación orgánica parece que no llegan al 10 por 100. La modalidad más frecuente de formación es la preparación y revisión de la catequesis. En esta actividad quedan implicados aproximadamente el 45 por 100 de los catequistas.

Otro dato es la transitoriedad en la dedicación del catequista, ya apuntada antes. Las dos terceras partes de nuestros catequistas (en torno al 66 por 100) no superan los tres años de dedicación a la catequesis. Sin duda, no pocos de estos catequistas podrían continuar en esta tarea si recibiesen una formación más profunda.

Esta realidad plantea el tipo de formación que necesitan tanto los que ineludiblemente no podrán permanecer más que un corto período en esta acción eclesial, como la que habría que hacer con los que están más disponibles para una mayor dedicación.

En cualquier caso, atendiendo a la realidad de cada diócesis, se impone en los próximos años un esfuerzo de imaginación creadora para hacer llegar a los catequistas más sencillos —mediante cauces e instrumentos pedagógicos adecuados— los mejores logros de renovación catequética de la Iglesia.

d) El marco más amplio de una pastoral de catequistas

95. Se corre, en efecto, el peligro de reducir la acción con los catequistas a su sola formación, perdiendo de vista otras dimensiones, igualmente importantes de una adecuada pastoral de catequistas, que es algo mucho más amplio.

Entendemos que, entre otras tareas, a la pastoral de catequistas le corresponde suscitar en las parroquias y comunidades cristianas vocaciones para la catequesis, tanto de catequistas voluntarios o auxiliares como de catequistas de plena dedicación (cf. CF 28), más disponibles éstos para atender a necesidades específicas de la Iglesia local. Establecer una distribución más equilibrada de los catequistas sobre todo en aquellos sectores especialmente necesitados de agentes, como son el de jóvenes, adultos, tercera edad, deficientes... incluso, es preciso llegar a promover la colaboración de unas diócesis con otras, haciendo posible la presencia de catequistas especializados —para impulsar sectores nuevos— en aquellas diócesis más necesitadas de los mismos; cuidar la atención personal a los catequistas. Esta acción compete, fundamentalmente, a los sacerdotes de las respectivas comunidades cristianas. Coordinar a los catequistas con los demás agentes de la pastoral en las comunidades, a fin de que la acción evangelizadora sea coherente y el grupo de catequistas no quede aislado de la vida de la comunidad. Esta coordinación es de vital importancia respecto a los padres, para vincular a las familias en la catequesis de sus hijos, y respecto a los educadores cristianos, para conocer la problemática del medio escolar concreto y conjuntar la acción con los profesores. Promover dirigentes de la acción catequética que asuman responsabilidades en el nivel diocesano, de zona o de parroquia. Es claro que la formación de catequistas, elemento fundamental de esa pastoral, quedará mejor definida y organizada si se encuadra en ese marco más amplio, y se procura que dicha pastoral sea realmente viva y dinámica.

e) La inspiración en una teología del laicado

96. Es preciso saber distinguir la formación catequética que se sitúa en un contexto formativo peculiar como es el de los aspirantes al sacerdocio o el de los religiosos y religiosas¹³ de la formación del catequista seglar, a la que más directamente hacemos aquí referencia.

La formación del seglar para el apostolado se fundamenta, en última instancia, en una consideración de carácter teológico. No basta con ofrecer unos contenidos, unos programas o unos métodos determinados.

«Esta formación para el apostolado debe apoyarse en los fundamentos que este Santo Concilio ha asentado y declarado en otros lugares» (AA 28).

Y en la nota que comenta este texto, el Concilio indica dónde encontrar —en concreto— esos fundamentos inspiradores: *Lumen gentium*, capítulos II, IV y V; *Apostolicam actuositatem*, número 4; *Unitatis redintegratio*, números 4, 6, 7 y 12.

La formación del catequista seglar, en consecuencia, ha de inspirarse, en último término, en la Iglesia concebida como Pueblo de Dios (LG II), con todas las consecuencias que de ello se derivan; en el carácter propio de la misión de los laicos (LG IV); y en la universal vocación a la perfección en la Iglesia (LG V) dentro de la cual la espiritualidad seglar tiene características peculiares (AA 4). El decreto señala, también la importancia de la dimensión ecuménica en esta formación (UR).

Todo esto quiere decir que, así como la formación catequética del aspirante al sacerdocio o del religioso debe quedar configurada por la vocación sacerdotal o religiosa en la Iglesia, la formación del catequista seglar no debe ser concebida como una condensación y reducción de la que aquellos reciben como específico, sino que tiene también una peculiaridad: «Dado que los seglares participan, a su modo, de la misión de la Iglesia, su formación apostólica recibe una característica especial por su misma índole secular, propia del laicado, y por el carácter propio de su espiritualidad» (AA 29).

Todos los aspectos de la formación catequética del seglar deben quedar, por consiguiente, penetrados por el carácter secular de su vocación en la Iglesia.

Sin embargo, la búsqueda de esta peculiaridad laical en la formación no consiste tanto en cultivar lo que separa cuanto en descubrir lo original del seglar dentro de lo común cristiano. Programar la formación del catequista seglar, desequilibradamente, sobre los temas específicamente laicales sería un error.

No es preciso recordar que los seglares, por obligaciones familiares, profesionales, sociales... no tienen —en general— demasiado tiempo disponible y la formación, por consiguiente, deberá acomodarse a sus posibilidades.

97. En el deseo de buscar la mejor formación para los catequistas laicos conviene tener presentes estos criterios a la hora de organizarla¹⁴: cuanto más comprometido se encuentra el laico en la acción —compromisos múltiples eclesiales y sociales— tanto más importante es una formación con la distancia y tiempo suficientes para fundamentar y reorganizar —en un clima formativo comunitario— dicha acción y evitar la tentación de activismo. Cuanto más profundas sean las responsabilidades eclesiales asumidas por el laico, más atención habrá que prestar al carácter secular de su vocación específica, para evitar el riesgo de clericalismo. Cuanto más trabaje pastoralmente en ambientes secularizados más se le brindará una formación que facilite la profundización en su fe y la reafirmación de su identidad cristiana, en comunión con la Iglesia. Cuanto más especializados sean su trabajo apostólico y su acción catequética, más hay que ayudarle a situarlos en el proceso total de la evangelización y en el conjunto de la catequesis. Cuanto más alto puesto de dirección de la catequesis asuma, más ha de acercarle la formación a la vida normal de lo que es una comunidad cristiana, para no aislarse de ella con estériles actitudes elitistas. Cuanto más trabaje en sectores fronterizos, afrontando los riesgos de una reflexión y un diálogo con nuevos valores culturales, más habrá de sumergirle la formación en las certezas fundamentales de la fe de la Iglesia.

Dotar a la formación de los catequistas seglares de una clara inspiración laical cristiana es garantizar la presencia del Evangelio en medio del mundo: «Esta animación directa de la sociedad, de sus instituciones y estructuras es la misión específica, aunque no exclusiva, de los seglares como miembros de la Iglesia, que viven y actúan en el campo de las instituciones y actividades propias de este mundo» (TDV 62).

f) El concepto de catequesis

98. Otro criterio previo se deriva de la respuesta que demos a esta pregunta: ¿para qué catequesis formamos a los catequistas? En efecto, la concepción de catequesis subyacente en cada caso determina el tipo de formación que se imparte.

La Iglesia nos ha invitado a renovar y enriquecer la concepción de la catequesis: «La catequesis tiene necesidad de renovarse en una cierta ampliación de su concepto mismo» (CT 17), que se debe «enriquecer cada vez más» (CT 18), haciendo de ella una «iniciación cristiana integral» (CT 21).

Esta concepción más plena de la acción catequética, este «sentido amplio y totalmente pastoral» (CT 25), repercute profundamente en la manera de concebir y realizar la formación del catequista, y —en consecuencia— habrá que prepararle para que pueda educar a los catequizandos en «todas las esferas de la vida cristiana» (CT 21), desarrollando un proceso de «formación cristiana integral» (CC 81).

En otras palabras, hay que preparar al catequista para ser, al mismo tiempo, maestro, educador y testigo¹⁵, ya que la catequesis «cumple, al mismo tiempo, tareas de iniciación, de educación y de instrucción» (DGC 31). Deberá, en efecto, formar al cristiano en el conocimiento del misterio de Cristo, en la vida evangélica, en la oración y en la liturgia, así como en el compromiso evangelizador.

99. Por ser iniciación, la catequesis asume dos características que afectan, igualmente, a la formación del catequista. Por una parte es una «enseñanza elemental» (CT 21), lo que convierte al catequista en un educador de base, más centrado en las certezas sólidas y fundamentales de la fe que en los últimos resultados de la investigación teológica o de la exégesis científica. Su formación doctrinal se basará, por tanto, en una profundización de esa enseñanza elemental. Por otra parte, la catequesis tiene un carácter temporal o transitorio para el catequizando, estando enmarcada por un principio y un final (CC 101). Hemos de formar, por consiguiente, al catequista para que sepa desarrollar una acción bien delimitada en el tiempo y no para que asuma, por ejemplo, la dirección estable e indefinida de una comunidad o para que se erija en el educador permanente o exclusivo de la fe del cristiano.

Habrà que ayudarle, por tanto, a saber situar su acción catequética dentro de la más amplia tarea común de la educación de la fe. Lo cual le llevará a relacionarse con aquellos otros educadores que también contribuyen a la maduración humana y cristiana de los creyentes: padres, maestros, profesores de religión, responsables de movimientos apostólicos, sacerdotes... (CF 81).

Habrà que formarle, igualmente, para que acepte llegar a no ser necesario al cristiano que recibe la catequesis cuando éste llega a un cierto nivel en la maduración en la fe.

g) La atención al ser y al quehacer del catequista

100. La formación del catequista atenderá a los dos aspectos que configuran su identidad y que más arriba hemos descrito (CF 15): le capacitará para las tareas propias del servicio catequético y, al mismo tiempo, ha de cultivar los rasgos que definen la figura del catequista en la Iglesia. En otras palabras, se preocupará no sólo del quehacer del catequista, sino también de su ser, de su persona.

Es muy importante no limitarse —como ocurre a menudo— a la sola preparación para unas tareas. Sería síntoma de una formación interesada, en la que se utilizaría a los catequistas sólo para alcanzar unas metas exteriores a ellos. La Iglesia, por el contrario, tiene que desear formar a sus catequistas ante todo por ellos mismos, para que se realicen más plenamente como personas y como cristianos en la tarea catequizadora. En este sentido, la formación del catequista laico no difiere de la del sacerdote o del religioso o religiosa, a quienes se prepara para ser en la Iglesia y no sólo para desarrollar una tarea. Se asemeja, también, a la de aquellas otras actividades civiles cuyo ejercicio exige una madurez, aparte de los conocimientos necesarios (psicólogos, educadores, los propios padres...).

Es esa madurez humana y cristiana del catequista la que, en último término, va a ser decisiva en la catequización:

Su personalidad adquirirá —entre otras cualidades— rasgos de padre y de madre (cf. 65) para amar desinteresadamente al catequizando y desear su crecimiento e independización progresivos.

La madurez de su fe, por otra parte, le capacitará para dar testimonio de la Buena Nueva: «El hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan o, si escucha a los que enseñan es porque dan testimonio» (EN 41).

Por eso, la formación deberá hacer crecer al catequista no sólo como pedagogo, sino también como persona y como creyente.

h) Distintas modalidades y niveles

101. Hemos dicho que el itinerario de la formación de un catequista es un proceso complejo, dotado de actividades formativas muy diversas y extendidas en el tiempo. A la hora de organizar dicha formación conviene tener en cuenta esa diversidad y ver lo que se puede y no se puede pedir a cada una de esas actividades. Las metas asignadas a la formación de catequistas se van consiguiendo a lo largo de todo el itinerario y no de una vez para siempre.

102. Creemos que hay que distinguir tres modalidades básicas de formación:

- La preparación y revisión de las sesiones de catequesis. Es una formación directamente vinculada a la práctica concreta de la catequesis. Su duración es constante e indefinida, ya que —como todo acto del ministerio de la Palabra (homilía, clase de religión, lección de teología...)— debe ser previamente preparado. Tiene un valor formativo indudable, máxime en las presentes circunstancias en que la inmensa mayoría de los catequistas no reciben ninguna otra formación.
- La formación orgánica fundamental. Tiene unos objetivos y unos contenidos más sistematizados y orgánicamente establecidos. Vinculada también a la práctica de la catequesis, aunque no de forma tan directa, está menos ligada a lo ocasional de los diferentes temas. En duración es limitada en el tiempo (por ejemplo, dos años). Puede impartirse en distintos niveles y realizarse de diversas formas (escuelas de catequistas, grupos de formación catequética, formación a distancia...).
- La formación permanente. Supone la formación orgánica fundamental y —como indica su nombre— practicada de manera periódica, dura indefinidamente. Reviste muchas modalidades (cursillos, encuentros, temas monográficos, estudio personal...). Mediante ella, se puede ir profundizando, poco a poco, en la formación orgánica y complementarla con aquellos aspectos que no fue posible desarrollar.

Entre nosotros se dan con frecuencia, también, cursillos breves o tienen lugar jornadas de sensibilización que, dirigidos a los que sólo se forman en la preparación inmediata a la catequesis, tratan de situar al catequista en lo que es la acción catequética, afianzar su vocación y suscitar el deseo de una formación más profunda.

103. Los niveles de formación que pueden impartir estas diferentes modalidades son también diversos. Parece conveniente distinguir, al menos, estos tres: un nivel básico, dirigido muy fundamentalmente a los catequistas de base. Es un nivel que exige un gran esfuerzo pedagógico para hacer llegar a estos catequistas, los más sencillos dentro de la comunidad cristiana, lo más fundamental de la renovación catequética de la Iglesia. Un nivel medio, dirigido a los catequistas de plena dedicación, a los llamados a ser coordinadores y formadores de catequistas de base, a los que han de asumir determinadas especializaciones menos desarrolladas entre nosotros (catequista de adultos, de jóvenes, de la tercera edad, de deficientes...). Un nivel superior, a cargo de centros especializados de catequética, en el plano interdiocesano y dirigido a preparar a quienes están llamados a asumir responsabilidades mayores de pastoral catequética en el marco de una diócesis, congregación religiosa... (v.g. dirigentes diocesanos o de zona), a iniciar en la práctica de la investigación dentro de este campo de acción y a preparar para ejercer la docencia de la catequética.

Hay que hacer notar que estos diversos niveles no se basan sólo en el grado de inteligencia de los catequistas, sino en el carisma personal recibido, en las responsabilidades que han de asumir o, también, en las especiales dificultades de algunos tipos de catequesis.

i) Respeto a la cultura popular de muchos catequistas

104. En relación con el tema de los niveles de formación, queremos destacar y valorar a los catequistas de ambientes populares (rurales, suburbanos, obreros...) como agentes decisivos para la vida y misión de la Iglesia. Esta orientación, por otra parte, corresponde a la mejor tradición secular de la catequesis cristiana.

No es necesario recordar que el Evangelio tiene en los pobres y humildes a sus destinatarios preferidos: «Te doy gracias, Padre, porque has ocultado estas cosas a los sabios y entendidos y las has revelado a los sencillos» (Mt 11,25).

Tenemos necesidad de catequistas que surjan de esos mismos ambientes populares. La formación ha de contar con el tipo de cultura de esos catequistas y ponerla al servicio de la catequesis. Habrá que iniciarles en una pedagogía catequética popular, sin desarraigarles de su propia cultura.

Por consiguiente, habrá que tener en cuenta y favorecer su modo popular de abordar la realidad, caracterizado —entre otras cosas— por la penetración intuitiva y por la experiencia directa, menos cargada de erudición teórica. Su modo de expresión es muy cercano a las realidades concretas y utiliza menos la abstracción. Más que por conceptos claros y distintos procede por símbolos, imágenes y comparaciones. El propio Jesús se dirigió a las muchedumbres y formó a sus discípulos de acuerdo con esta misma sensibilidad cultural. Hemos de favorecer, por tanto, esta sintonía con el pueblo, evitando que el catequista tenga que salir de su condición y cultura popular, sin que esto signifique renuncia alguna al lenguaje consagrado por la Tradición de la Iglesia para expresar el misterio cristiano (cf. EN 63.65).

La catequesis en ambientes populares en modo alguno debe ser entendida por el catequista como una formación cristiana de segunda clase. Al contrario, centrada en las verdades fundamentales de la fe, la catequesis podrá hacer emerger actitudes y valores cristianos muy hondos, podrá educar disposiciones innatas para la oración y la contemplación, así como encauzar el sentido connatural de la responsabilidad en la línea de un compromiso profundo por la caridad y la justicia evangélica.

2. Metas o dimensiones de la formación de catequistas

105. La formación trata de capacitar al catequista para transmitir el Evangelio y ser dispensador del misterio de Cristo.

La finalidad última de la formación, por tanto, trata de hacer apto al catequista para realizar un acto de comunicación, para ser un transmisor, realizando una entrega (*traditio*). «La formación catequética se centra, fundamentalmente, en desarrollar la aptitud y la capacidad de comunicar el mensaje evangélico» (DGC 111).

Esta finalidad última puede desglosarse en una serie de metas sectoriales relacionadas entre sí. Si hubiera que señalarlas condensándolas, a la vez, en una sola frase la formularíamos así: la formación de catequistas trata de situar al catequista en la misión evangelizadora de la Iglesia, y de capacitarle para poder iniciar en la totalidad de la vida cristiana al hombre de hoy con la pedagogía original del Evangelio; todo ello dentro de un clima comunitario y de diálogo mientras el catequista va madurando como hombre, creyente y educador de la fe.

106. Según esto, la formación de catequistas se propone cultivar estas dimensiones: la conciencia evangelizadora, la formación doctrinal y la iniciación en la variada experiencia cristiana, el conocimiento del hombre y del mundo, la capacidad pedagógica, la vivencia comunitaria y la madurez humana y cristiana del catequista.

Son metas que no se consiguen de una vez, sino a lo largo de todo el itinerario formativo. Se van asumiendo, por tanto, gradualmente. Se desarrollan con mayor o menor profundidad y extensión según los diferentes niveles de formación. Se interpenetran y relacionan mutuamente, como vasos comunicantes, ya que no son compartimentos estancos.

107. Lo que reagrupa a todas ellas, dándoles su sentido propio, es el hecho de que preparan al catequista para realizar el acto de tradición del Evangelio que —íntegro y vivo— (DV 7) se conserva en la Iglesia (cf. CC 135).

El período formativo capacita al catequista —ante todo— para arraigarlo en la corriente de la tradición, sumergiéndole en la conciencia viva y actual que la Iglesia tiene del Evangelio, para poder —así— transmitirlo en su nombre. Prepara al catequista para participar en la dimensión maternal de la Iglesia, ya que ésta es Madre que alimenta a los que nacen a la fe y fortalece a los que necesitan consolidarla.

A través de cada una de las metas de la formación catequética el catequista participa de este sentir eclesial. Precisamos, pues, el alcance de cada una de ellas.

a) Conciencia evangelizadora

108. Esta dimensión de la formación pretende que el catequista sepa situar su acción catequizadora dentro de la evangelización general de la Iglesia. Por faltar esta ubicación, nos encontramos a menudo con catequistas carentes de un horizonte más amplio en el que integrar la catequesis o sin unas motivaciones auténticamente evangelizadoras.

El catequista ha de conocer, al menos sumariamente, en qué consiste la evangelización: sus elementos, su contenido, sus ministerios, su dinámica, sus etapas, sus agentes, su espíritu...¹⁶. Muy especialmente ha de descubrir el lugar preciso que ocupa la catequesis dentro de la acción evangelizadora, así como su carácter propio, sus leyes, su lenguaje y la inspiración catecumenal que debe animarla.

No basta, sin embargo, una correcta teología de la evangelización y de la catequesis para adquirir una adecuada conciencia evangelizadora. Es necesario que el catequista conozca, analice y asuma el plan concreto de evangelización de su Iglesia particular: sus objetivos prioritarios, acciones concretas, cauces de corresponsabilidad, coordinación...

Deberá conocer, sobre todo, dentro de este plan el proyecto global de catequización que ofrece la Iglesia local, para saber situarse en él. Se le ayudará a analizar las necesidades reales de catequización que tiene la diócesis y las respuestas que se están dando. Es preciso ensanchar su horizonte hacia sectores de catequesis distintos al suyo¹⁷.

Cultivando estos diferentes aspectos, la formación ayudará al catequista a sumergirse —de manera lúcida y cordial— en la conciencia concreta que la Iglesia particular tiene de su propia misión.

Lo esencial de esta meta es educar en la voluntad de evangelizar, tratando de suscitar un ardiente celo apostólico por comunicar la experiencia de Dios que nos ha revelado su amor en Cristo Jesús. Es preciso incorporarse a la herencia espiritual de entrega generosa de los apóstoles y de los santos (ver LG 50).

b) Formación bíblico-teológica y formación en la experiencia cristiana

109. Esta dimensión formativa concierne muy directamente al contenido y tareas de la catequesis. Como ya hemos indicado (CF 32.98), el catequista ha de iniciar a los catequizandos en la totalidad de la vida cristiana: en el conocimiento del misterio de Cristo, en el ejercicio de la vida evangélica, en la oración y celebración litúrgica y en el compromiso evangelizador. La formación le preparará para el desempeño de estas tareas.

Se logrará mediante la profundización integral del Evangelio, «fuente de toda verdad salvadora y de toda norma de conducta» (DV 7).

Para ello es imprescindible tanto una sólida formación bíblico-teológica, que proporcione un conocimiento vivo y sapiencial del mensaje cristiano, como una formación en la experiencia cristiana que familiarice al catequista con las diferentes formas de oración, con la liturgia y con los valores evangélicos.

El conocimiento y la experiencia en la vida cristiana son —ambos— necesarios para interiorizar, en toda su verdad, el Evangelio que se va a transmitir.

Esta doble vía de acceso al contenido del Evangelio es más acorde con el concepto pleno de tradición, ya que «la Iglesia —en su doctrina, en su vida y en su culto— perpetúa y transmite todo lo que ella es, todo lo que cree» (DV 8).

— **Formación bíblico-teológica**

110. La formación bíblico-teológica debe proporcionar al catequista un conocimiento orgánico del mensaje cristiano, articulado en torno al misterio central de la fe que es Jesucristo.

Abierta a todas las fuentes y lenguajes de la fe, esta formación ha de estar animada por una profunda inspiración bíblica: «Que la Sagrada Escritura sea como el alma de toda esta formación» (DGC 112), ya que «desconocer la Escritura es desconocer a Cristo» (DV 25).

He aquí algunos rasgos que debe asumir esta formación:

111. Ha de referirse a lo fundamental del Evangelio, a fin de capacitar al catequista para una tarea que es, esencialmente, de fundamentación (CC 97-100).

Hará descubrir, por tanto, las etapas principales de la Historia de la Salvación, los acontecimientos y verdades esenciales de la fe (Símbolo Apostólico), así como los valores y exigencias fundamentales del Evangelio. En otras palabras, ayudará a que el catequista interiorice el «contenido esencial» y la «sustancia viva» (EN 25) del mensaje cristiano.

Se trata, por consiguiente, de una formación de carácter sintético más que analítico, en la que los diferentes elementos de la fe cristiana han de aparecer trabados y unidos.

Los diferentes niveles en que puede impartirse esta enseñanza conviene establecerlos más por un mayor ahondamiento en esos fundamentos que por una mayor extensión de nuevos contenidos. Habrá que evitar, en efecto, el riesgo de la fragmentación.

Por eso, los profesores más idóneos para formar catequistas en esta línea son aquellos que, con rigor teológico, saben ofrecer una síntesis vital del Evangelio mediante una enseñanza unificada, integrando los aspectos bíblico, dogmático, moral y litúrgico en una unidad coherente.

Cuando las circunstancias del equipo formativo hacen que se sucedan especialistas en tratados teológicos diferentes, es indispensable que alguien, experto, acompañe a los catequistas en la elaboración de una síntesis.

Proporcionar a los catequistas un resumen orgánico y riguroso de la fe cristiana es hoy una de las urgencias más importantes. Los cristianos en la actualidad saben muchas cosas de la fe, pero las saben de manera fragmentada, sin orden y sin perspectivas.

Ante los embates de una cultura de increencia, su fe puede parecerles un amasijo de cosas inconexas, arbitrarias y sin sentido. Cuando el cristiano vive en una sociedad no marcada ya por el lenguaje y los símbolos cristianos, necesita —sobre todo en las grandes ciudades— habitar en un universo coherente de discurso de la fe.

112. Se ha de ofrecer, también, una formación bíblico-teológica renovada y en sintonía con la conciencia viva que hoy tiene la Iglesia de la Sagrada Escritura y del mensaje cristiano.

Ofrecer hoy una síntesis de la fe elaborada con presupuestos culturales de otras épocas, sin la suficiente incorporación de las adquisiciones bíblicas y teológicas ya asumidas en el sentir de la Iglesia, resultaría inadecuado para responder a la catequesis que hoy se necesita.

Sería, igualmente, insuficiente no incorporar a esa síntesis de fe los rasgos más fundamentales que sobre Dios, Jesucristo, la Iglesia y el hombre sostiene la Iglesia, y que han sido expresados de nuevo en el Concilio Vaticano II. En este sentido creemos un criterio acertado que la formación bíblico-teológica impartida a los catequistas se inspire en las grandes fórmulas de fe o símbolos elaborados en la tradición de la Iglesia y en aquellos textos conciliares en los que se expresa sintéticamente la fe¹⁸.

En una palabra, la formación doctrinal ha de capacitar al catequista para poder satisfacer el derecho del catecúmeno a recibir en toda su plenitud el Evangelio que se transmite: «A fin de que la oblación de su fe sea perfecta, el que se hace discípulo de Cristo tiene derecho a recibir la palabra de la fe (Rom 10,8) no mutilada, falsificada o disminuida, sino completa e integral, en todo su rigor y su vigor» (CT 30).

113. La formación bíblico-teológica ha de facilitar, también, la maduración en la fe de los propios catequistas. «A pesar de exigir un esfuerzo de la inteligencia para el conocimiento de la doctrina revelada, la formación doctrinal será, al mismo tiempo, una profundización de la fe» (JUAN PABLO II, *Audiencia* 6-3-1985).

En consecuencia, la formación teológica adquirirá —en muchos casos— las características de una catequesis de jóvenes y adultos, con las implicaciones que esto supone: contar con los interrogantes de los catequistas, clima de diálogo, comunicación de experiencias, metodología inductiva, oración, llamada a la conversión... En no pocas parroquias el grupo de catequistas se forma —de hecho— así y constituye el punto de arranque de la catequesis de jóvenes y adultos en la comunidad. Otras veces, será una enseñanza teológica más magisterial, pero jugosa y vital, la que ayude a esa maduración en la fe.

De todos modos, el fin de la catequesis que es la comunicación de la fe tiene que afectar decisivamente a la formación teológica de los catequistas. En ella no se trata tanto de someter a discusión los diferentes elementos de la fe o de plantear problemas en torno a la verdad revelada, cuanto de nutrirse con las verdades centrales del Evangelio y poder, así, transmitir las —con convencimiento y alegría— desde la firmeza de la propia identidad cristiana.

Esto no es incompatible con el rigor teológico. Esta formación debe mostrar la presencia actual del misterio de Cristo como Alguien que vive; debe ayudar a vivir unidos a Jesucristo resucitado (cf. Gál 2,19-21).

En algún sentido, podríamos decir que las escuelas de catequistas deben tener —como la catequesis misma— una verdadera inspiración catecumenal: «Los institutos de formación catequética se considerarán, ante todo, como escuelas de fe» (JUAN PABLO II, *op. cit.*)

— **Formación en la experiencia cristiana**

114. En íntima conexión con la formación bíblico-teológica, el catequista profundizará también en el Evangelio pasando por la experiencia de algunas de sus dimensiones que desbordan el solo análisis intelectual. La formación facilitará al catequista la vivencia de las principales formas de oración: petición, alabanza, acción de gracias... Muy en particular se le hará gustar la oración en común, sobre todo la de los salmos. Aunque sea a un nivel básico, deberá prepararse para que la catequesis que él imparta «se convierta en verdadera escuela de oración» (CC 90). El espíritu del «Padre Nuestro» configurará este aspecto formativo. La experiencia de la celebración litúrgica, convenientemente discernida, es —junto a los aspectos teológicos incluidos en la formación

doctrinal— un elemento esencial de la formación del catequista, dada la íntima vinculación entre catequesis y liturgia: se iniciará, participando activamente, en las diferentes formas de celebración, especialmente la celebración eucarística; es muy conveniente que una escuela de catequistas eduque en el sentido del año litúrgico, mediante oportunas celebraciones en las grandes fiestas o tiempos litúrgicos más destacados; se introducirá también en las técnicas de comunicación no verbal (expresión corporal...) y en la captación del lenguaje simbólico subyacentes a toda celebración.

En relación con la teología del compromiso cristiano, es muy formativo que la Escuela de catequistas esté abierta a los principales acontecimientos o situaciones que —en un momento dado— polarizan la atención de los hombres. Seguir rígidamente un programa determinado, sin dejar espacios para una lectura cristiana de esos acontecimientos, equivaldría a fomentar una catequesis insensible a las preocupaciones del hombre.

Habrà que preguntarse, finalmente, si no es conveniente que, antes de catequizar a otros, el propio catequista pase por la experiencia de un proceso catequético en toda su plenitud.

Muchos catequistas de jóvenes y adultos se preparan así, viviendo los mismos temas, la misma pedagogía, los mismos materiales que, a su vez, están impartiendo o van a impartir. Es una formación muy útil, sobre todo para quienes ya han recibido una formación orgánica en otro momento.

Cuando la experiencia de todo un proceso catequético —necesariamente largo— no se vea conveniente, siempre será aconsejable participar en el desarrollo de algunos temas catequéticos aislados, como sujeto que recibe la catequesis, por el indudable valor pedagógico —y cristiano— que esta actividad encierra. Hay aspectos de la Buena Nueva —pensamos en los valores que configuran la vida evangélica— que no se empiezan a penetrar más que dejándose interpelar realmente por ellos, en un clima catequético y comunitario.

Por todo ello creemos que vivir un proceso catequético —total o parcialmente— es algo muy conveniente para capacitar al catequista como educador en la fe.

c) Conocimiento del hombre y del mundo

115. Junto a la formación doctrinal, que cultiva en el catequista la fidelidad al mensaje evangélico, es igualmente necesaria la formación antropológica para que pueda ser también fiel al hombre de hoy, destinatario de ese mensaje.

El conocimiento del hombre y de la realidad en que vive inmerso se realiza por medio de las ciencias humanas, que han adquirido hoy un incremento extraordinario. Han de estar muy presentes en la formación de los catequistas: «Hay que conocer y emplear suficientemente en el trabajo pastoral no sólo los principios teológicos sino también los descubrimientos de las ciencias profanas sobre todo en psicología y en sociología, llevando así a los fieles a una más pura y madura vida de fe» (GS 62).

El estudio de las ciencias humanas, sin embargo, no es —en la formación de catequistas— un fin en sí mismo. No se trata de formar especialistas en psicología o sociología, riesgo en el que no pocas veces se cae y del que queremos advertir a los formadores de catequistas. También hay que evitar erigir a estas ciencias en norma desde la que se seleccione e interprete el contenido del Evangelio.

El criterio a seguir en el uso de estas ciencias viene pedido por las exigencias de la transmisión de la fe: «La norma a seguir es distinguir y seleccionar lo que les puede ayudar directamente a adquirir la capacidad de comunicar» (DGC 112).

116. Es necesario que el catequista entre en contacto con la psicología. Debe conocer, siquiera de modo elemental, los dinamismos psicológicos que mueven al hombre, la estructura de la personalidad, las necesidades más hondas del corazón humano, la psicología de los grupos y su dinámica. La psicología evolutiva le ayudará también a conocer la génesis del ciclo vital humano, las

grandes etapas de la vida del hombre y las experiencias más importantes en cada una de ellas. La psicología religiosa le hará ver cómo nace y se desarrolla la religión en el hombre, en qué se distinguen las formas maduras e inmaduras de la religiosidad, a qué experiencias humanas está vinculada la experiencia religiosa, su relación psicológica con la ética.

Dos criterios, entre otros, han de presidir este estudio. El respeto a la autonomía de las ciencias humanas: «La Iglesia afirma la autonomía legítima de la cultura humana y especialmente la de las ciencias» (GS 59). El discernimiento evangélico de las diferentes tendencias o escuelas psicológicas.

117. Las ciencias sociales, por su parte, proporcionan el conocimiento del medio y de las estructuras en que vive el hombre y que afectan decisivamente a su vida.

Es conveniente que en la formación de catequistas se haga «un análisis de las condiciones sociológicas, culturales y económicas, en tanto que estos datos de la vida colectiva pueden tener una gran influencia en el proceso de evangelización» (DGC 100).

Este análisis no debe perder de vista la perspectiva catequética. Debe referirse a nuestra realidad social concreta, descubriendo en ella los campos de compromiso y las situaciones que han de mover a los cristianos «hacia unos compromisos en la sociedad, vividos con espíritu evangélico» (CT 67). Hay que proporcionar al catequista las claves de lectura para valorar, con discernimiento cristiano, la cultura de nuestra época: las ideologías subyacentes, el fenómeno del cambio social, los rasgos de la «modernidad» y las filosofías que la inspiran, las culturas regionales concretas... En este sentido, el conocimiento de la cultura juvenil es especialmente necesario. Desde la perspectiva de la sociología religiosa, se estudiará la religiosidad popular de nuestras tierras, los valores a ella subyacentes y sus posibles impurezas, así como la tipología variada de hombres creyentes que tenemos.

Es digno de muy especial atención el análisis del fenómeno de los no practicantes, de los que han evolucionado hacia el agnosticismo y, en general, de las diferentes formas de increencia.

También el estudio de este campo de la sociología ha de estar presidido por un discernimiento evangélico de los factores positivos y negativos en la dinámica social, realizado a la luz de la enseñanza social de la Iglesia que, de forma adecuada, debe encontrar su puesto en la formación catequética.

d) La capacitación pedagógica

118. Esta dimensión de la formación concierne muy especialmente a lo que es más peculiar de la catequesis: la pedagogía de la transmisión de la fe. La formación doctrinal y la antropológica están al servicio de la acción educativa. Por eso, «la formación queda completada cuando el catequista es capaz de elegir el modo más apto para comunicar el mensaje evangélico a grupos y personas que se encuentran en situaciones siempre diversas y particulares» (DGC 111).

La formación pedagógica consiste en la adquisición de unas actitudes educativas y de unas técnicas metodológicas.

— *Las actitudes educativas*

119. La actitud básica que ha de mover al catequista en su acción educativa nace de asumir la misma pedagogía de Dios en la Historia de la salvación. Esta pedagogía divina está configurada por su «admirable condescendencia (synkatábasis)» (DV 13) o adaptación de Dios al hombre. Adquiere su punto culminante en la Encarnación, en la que «la Palabra del eterno Padre, asumiendo nuestra débil condición humana, se hizo semejante a los hombres» (DV 13).

En consecuencia, la actitud pedagógica esencial del catequista consiste en adaptarse al catequizando, en asemejarse a él, sintiéndose niño con los niños, joven con los jóvenes y adulto con los adultos, y acomodándose a su psicología y situación: «Me hago todo a todos para ganarlos a

todos» (1 Cor 9,22). «La adaptación de la predicación de la palabra revelada debe mantenerse como ley de toda la evangelización» (GS 44).

Desarrollará, por tanto, una catequesis centrada en el catequizando, atenta a su vocación cristiana personal y a sus interrogantes más profundos, respetuosa de sus luchas interiores y de sus resistencias, sin violentar su conciencia ni imponer las convicciones (cf. EN 79).

La pedagogía que utilice, siempre inspirada en la de Dios, será una pedagogía del don: ayudando al cristiano a descubrir la fe como una gracia y no condicionando —por otra parte— el amor hacia él a la respuesta del mismo. Una pedagogía de encarnación: relacionando la Buena Nueva con la experiencia del hombre y procediendo por etapas, en el respeto al ritmo del catequizando. Una pedagogía de signos: ayudando a descubrir y discernir los signos de la presencia de Dios y apuntando siempre, mediante símbolos, a un misterio que trasciende al hombre, «buscador de Dios» (CT 53) (cf. CC 206s).

Este estilo pedagógico exige adquirir una capacidad de atención a las personas, una habilidad para interpretar y educar la demanda educativa, una facultad de activar procesos de aprendizaje y un arte para conducir hacia la madurez.

— *Las técnicas metodológicas*

120. Desde estas actitudes educativas, el catequista aprenderá a dominar los elementos del acto catequético y a integrarlos unos en otros: la experiencia humana, la Palabra, la expresión de la fe (confesión de fe, celebración, compromiso...) (cf. CC 221s). Este aprendizaje se realizará a partir de la práctica de la catequesis: «Por su naturaleza, la metodología no es otra cosa que la atenta consideración de los procedimientos que han sido comprobados por la experiencia. De ahí que haya que conceder mayor importancia a los ejercicios prácticos que a la enseñanza teórica de la pedagogía» (DGC 112).

A partir de esa práctica, el catequista —o mejor el grupo de catequistas— se capacitará para hacer la programación de la catequesis destinada a un grupo concreto, que está en un momento peculiar de fe, que tiene unas experiencias humanas y religiosas concretas y que vive una realidad familiar y social determinada.

Teniendo en cuenta este análisis de la situación, se formularán los objetivos a alcanzar y se establecerán los temas, métodos, técnicas e instrumentos más adecuados.

La revisión o evaluación de la práctica es un elemento formativo imprescindible.

Para el buen desarrollo de un proceso catequético es importante tener en cuenta los principios y leyes de la comunicación (dominando, en especial, las técnicas de la dinámica de grupos), así como los de los diferentes lenguajes (la narración, la comunicación de experiencias, la celebración, lo audiovisual, la expresión corporal, el lenguaje simbólico...).

A pesar de la necesidad de estas técnicas, no se trata de hacer del catequista un técnico de la catequesis, sino de iniciarle en el arte de dar catequesis: «A la adquisición de este arte contribuyen, al mismo tiempo, la aptitud para el apostolado, el conocimiento de la fe, de los hombres y de las leyes que rigen el progreso de cada hombre o el de las comunidades» (DGC 113).

e) Un clima comunitario y de diálogo

121. Esta dimensión de la formación se refiere, fundamentalmente, a la pedagogía de la formación misma, al estilo o talante que ha de asumir.

A pesar de referirse al modo de formar a los catequistas, en algún sentido la pedagogía formativa es también una meta, ya que vehicula una manera concreta de entender la catequesis y de concebir lo que es la Iglesia.

El catequista, de alguna manera, se capacita tanto a través de los contenidos que recibe como de la manera con que se le transmiten. El clima, las relaciones que se establecen, las actitudes que se adoptan, los medios que se emplean... tienen una significación decisiva en la formación del catequista. En algún sentido, el medio forma también parte del mensaje.

Señalamos a continuación algunas características que creemos ha de asumir dicha pedagogía.

122. Como criterio general debe existir una coherencia entre la pedagogía global de la formación del catequista y la pedagogía propia de un proceso catequético. Al catequista le sería muy difícil improvisar en su acción catequética un estilo y una sensibilidad en los que no hubiera sido iniciado en su formación.

Un centro o Escuela de catequistas, en el que el clima resulte demasiado academicista, dominado por un programa rígido y carente de una pedagogía global, no es el más adecuado para la formación de los mismos. De una formación de corte exclusivamente magisterial es muy difícil que surjan catequistas que respondan al tipo de catequesis que la Iglesia considera que hoy debe impartir.

123. Hay que esforzarse por crear entre los catequistas un ambiente acogedor y sencillo que facilite la participación y lleve a una experiencia de comunión y diálogo.

Sin llegar a confundir, en modo alguno, al grupo de catequistas en formación con una comunidad cristiana estable, el clima formativo ha de estar impregnado de un sentido comunitario. Esta experiencia ayudará al catequista a saber compartir su fe con otros, a relacionarse en grupo y —en el fondo— a desarrollar su amor fraterno.

Factor determinante para ello será la unión de un equipo de profesores que muestre una relación cordial, una línea catequética común y permaneciendo cerca de los alumnos.

124. Hay que procurar, también, que los catequistas se conviertan en protagonistas de su propio aprendizaje, situando la formación bajo el signo de una pedagogía de la creatividad y no de una mera asimilación.

Habrà que buscar para ello un equilibrio entre la enseñanza magisterial y los momentos de búsqueda y de intercambio de experiencias, así como entre el estudio personal y el trabajo en grupo.

Lo importante es que el catequista adquiera su estilo propio de dar catequesis, acomodando a su propia personalidad los principios generales de la pedagogía catequética. El catequista aprenderá, así, a utilizar aquellos medios pedagógicos más conformes a su propio temperamento y en los que se encuentre realmente cómodo.

125. La formación de catequistas ha de ser una formación muy cercana a la práctica de la catequesis.

Los catequistas no parten de cero. Desarrollan una actividad catequética determinada y que ha provocado en ellos tanto unos interrogantes que quieren resolver como una experiencia de lo que resulta o no resulta en la práctica.

La formación no puede prescindir de esa riqueza de experiencia, procediendo como si no existiese. Ha de contar con ella y ha de referirse siempre a ella, manteniéndose cercana a los datos y evitando el peligro de proporcionar sistemas teóricos cerrados que actúen, de hecho, como pantalla que aísla al catequista de su realidad. Por otra parte, la revisión de la práctica catequética ha de incorporar los conocimientos teóricos que se van adquiriendo.

f) Madurez humana y cristiana

126. Esta última dimensión de la formación concierne al ser del catequista, ya que trata de que madure como persona y como creyente.

No se trata de una dimensión más, sino —más bien— de un nivel al que las demás dimensiones (la doctrinal, antropológica, pedagógica) deben apuntar. Cada uno de los aspectos de estas otras metas puede y debe redundar en la personalidad humana y cristiana del catequista.

Por eso esta dimensión no es, en sí misma, programable como lo son las demás. Es, sin embargo, tan importante que en todo momento hemos de preguntarnos si la formación del catequista afecta no sólo al educador que hay en él, sino también al hombre y al cristiano.

Es el conjunto de la formación el que ha de tener esa virtualidad. Por eso los responsables de la misma cuidarán de ese trasfondo humano y cristiano subyacente a los programas, cursos y métodos formativos. Preguntas como éstas deberán estar presentes en su espíritu: ¿la visión evangélica del hombre está realmente subyacente a nuestra formación, transpirando los valores y actitudes del Reino? ¿Es una formación abierta, con sensibilidad evangélica, a la realidad social en que viven inmersos los hombres? ¿Traduce la imagen de una Iglesia corresponsable, participativa y de diálogo, deseosa de anunciar el Evangelio a los hombres de hoy? Finalmente, ¿el tono de la formación tiene la cualidad religiosa suficiente para facilitar el encuentro del catequista con Dios? ¿Capacita para anunciar a los hombres la soberanía de Dios? ¿Deja descubrir el rostro del Dios de Jesús, el Dios que prefiere a los pobres?

No cabe duda de que una formación inspirada en este trasfondo humano y cristiano hará madurar aquellas cualidades que caracterizan la figura del catequista y que hemos descrito más arriba.

Aunque la consecución de estas metas hay que perseguirla con empeño, lo realmente importante es hacer que el catequista sea hombre de fe. Cuando realmente se ama se acierta con el lenguaje. Si el catequista es verdaderamente creyente encontrará el modo mejor de transmitir la fe y de ofrecer como servidor de la verdad, el mensaje revelado acerca de Dios, del hombre y del mundo: «El Evangelio que nos ha sido encomendado es palabra de verdad. Una verdad que hace libres (Jn 8, 32) y que es la única que procura la paz del corazón: esto es lo que la gente va buscando cuando le anunciamos la Buena Nueva. La verdad acerca de Dios, la verdad acerca del hombre y de su misterioso destino, la verdad acerca del mundo. Verdad difícil que buscamos en la Palabra de Dios y de la cual nosotros no somos... ni los dueños, ni los árbitros, sino los depositarios, los herederos, los servidores» (EN 78).

3. Orientaciones para la programación

127. Teniendo en cuenta los principios o criterios fundamentales de la formación de catequistas, así como sus metas o dimensiones, ofrecemos a continuación unas orientaciones que ayuden a concretar dichas metas en temas y programas concretos y que, sobre todo, indiquen el espíritu y la manera con que se han de desarrollar.

A propósito de estas orientaciones queremos advertir lo siguiente. Tienen sólo un carácter de orientación general. No se pretende que sean realizadas tal como aquí se formulan sino acomodadas a la situación, características y necesidades de cada Escuela o institución formativa. Lo importante es que una programación concreta desarrolle las dimensiones de la formación y los grandes núcleos temáticos fundamentales según el espíritu y la doctrina de la Iglesia. Por esta razón, más que en la descripción de un programa concreto, hemos insistido en algunos temas que no deben faltar y, sobre todo, en ese espíritu con que deben ser desarrollados. Por otra parte, estas orientaciones se pueden concretar con mayor o menor extensión y profundidad, según el nivel o modalidad formativa que se desea desarrollar. Téngase en cuenta que, junto a las materias más fácilmente programables, a las que nos referimos en este apartado, hay que prever espacios para aquellos aspectos de la formación

que tienen un carácter menos académico: formación en la experiencia cristiana, maduración humana y en la fe del catequista...

Las metas o dimensiones básicas de la formación (conciencia evangelizadora, formación doctrinal, antropológica y pedagógica) se recogen en ocho núcleos temáticos:

1. Conciencia evangelizadora
 - a) Evangelización y catequesis (Catequética fundamental)
2. Formación bíblico-teológica
 - b) Historia de la salvación (Iniciación bíblica)
 - c) Síntesis de fe (Símbolo de la fe)
 - d) La vida del cristiano (Moral)
 - e) Los sacramentos y su celebración en la Iglesia
 - f) La oración
3. Formación antropológica
 - g) Conocimiento del hombre (Psicología y Sociología)
4. Formación pedagógica
 - h) Pedagogía catequética

a) Evangelización y Catequesis

128. Con este primer núcleo temático se pretende desarrollar la conciencia evangelizadora del catequista (CF 108), al mismo tiempo que se le ayuda a situar su acción catequizadora dentro de la misión total de la Iglesia.

Sugerencias para el tratamiento de este núcleo: es muy conveniente adoptar el concepto pleno de evangelización indicado en *Evangelii nuntiandi*, y que hemos recogido en CC 24-29. Hay que evitar el riesgo de empobrecer o mutilar la riqueza de la acción evangelizadora (EN 17). Hay que hacer ver al catequista los elementos variados de que se compone la evangelización (EN 24), descubriendo el carácter propio de cada uno de ellos. Se tratará de componer dichos elementos más que de oponerlos entre sí o meramente yuxtaponerlos. Es importante mostrar que la evangelización es un proceso dinámico, dotado de una lógica interna que le hace avanzar y desarrollarse en fases o etapas. El decreto *Ad gentes* del Vaticano II será el inspirador de esta reflexión (cf. CC 27). Hay que subrayar con claridad que el anuncio directo de la Buena Nueva es el elemento decisivo de la evangelización. «La catequesis, la formación doctrinal y moral de los cristianos, la liturgia y la oración, deben buscar su fundamento y fin en este anuncio que es el centro de la fe y de la vida cristiana» (TDV 13). Se expondrá en su justa medida lo que implica la «renovación de la humanidad» (EN 24) como elemento integrante de la evangelización, aclarando el sentido de la liberación cristiana en toda su hondura bíblica y eclesial. Es también fundamental vincular la evangelización a la Iglesia particular, educando el sentido diocesano del catequista. En el marco de la evangelización se mostrará el lugar que ocupa la catequesis, así como los rasgos que determinan su carácter propio como acción eclesial. Se establecerá la relación de la catequesis con el primer anuncio del Evangelio (cf. CT 19), con la liturgia (cf. CT 23) y con la acción caritativa y de promoción social. Circunscrita la catequesis a la función que le es propia, hay que referirla y vincularla con las demás formas de educación en la fe (cf. CC 56s), ayudando al catequista a que relacione su acción con la de los padres, maestros, profesores de religión... Es fundamental establecer la relación que tiene la catequesis con la comunidad cristiana, origen, lugar y meta de dicha acción.

b) Historia de la Salvación

129. Para poder iniciar a otros en el conocimiento del misterio de Cristo, el catequista ha de disponer de una iniciación bíblica. Se trata de capacitarle para que pueda introducir a los catequizandos en una lectura creyente de la Sagrada Escritura en la Iglesia.

Sugerencias para el tratamiento de este núcleo temático: el catequista ha de conocer las grandes etapas de la Historia de la Salvación así como las grandes experiencias bíblicas. Se le hará descubrir el sentido de la Historia de la Salvación que alcanza su culminación en Cristo. Se le suministrarán las claves necesarias para interpretar ese sentido cristológico en sucesos, personas e instituciones. Puesto de relieve un aspecto del misterio de Cristo se harán ver sus anticipaciones a lo largo del Antiguo Testamento. Se mostrará cómo las perspectivas se van ensanchando y profundizando en las diversas etapas de la Historia de la Salvación. El conocimiento de la Historia de la Salvación ha de ser completado con algunas lecciones sobre la Historia de la Iglesia. Dentro de ella, la hagiografía bien orientada tiene mucha importancia. No olvidar los principales santos españoles. Se acudirá con frecuencia a la lectura directa de los textos. Se ha de huir de toda selección de los textos orientada ideológicamente. Hay temas que no deben faltar en esta iniciación bíblica. Los orígenes: creación, tentación, el mal en el mundo.

Etapas más importantes de la Historia de la salvación: Los profetas. La figura del Siervo de Yahvé. Los sabios. Los pobres de Israel. Jesús de Nazaret: su ministerio. Su muerte y resurrección. Jesús, Señor, centro de la Historia de la salvación. La Iglesia: constantes en su estructura y en la predicación apostólica. La historia de la Iglesia y de su obra evangelizadora. Historia de la salvación y escatología.

c) Síntesis de fe (Símbolo de la fe)

130. Para iniciar en el conocimiento del misterio de Cristo, el catequista ha de disponer también de una síntesis de fe (CF 111-112), fiel a la Escritura, a la tradición viva de la Iglesia y a los problemas del hombre y del mundo de hoy. Para alcanzar esta síntesis de fe, el catequista tratará de conocer de un modo básico y profundo el Credo, resumen eclesial del Evangelio.

Sugerencias para el tratamiento de este núcleo temático. Presentar el Credo como resumen de la Escritura, en el que se contienen los acontecimientos decisivos de la Historia de la salvación. Mostrar al catequista los caminos que van de la Sagrada Escritura al Símbolo y del Símbolo a la Sagrada Escritura (cf. CC 230s). Saber relacionar todos los artículos de la fe entre sí y con las tres divinas personas, así como con los acontecimientos centrales de la fe: la muerte y resurrección de Jesús. Situar la confesión de fe en relación con la Iglesia, con el Bautismo, con la renuncia al pecado y con el compromiso de la vida cristiana. Subrayar aquellos aspectos en torno a los cuales se producen hoy en la literatura teológica y en la praxis catequética ciertos silencios, ambigüedades y confusiones. En el capítulo IV de *La catequesis de la comunidad* hemos indicado los más importantes. Saber presentar esta síntesis de fe en el contexto de una sociedad progresivamente secularizada, con las implicaciones que se derivan para la fe de los cristianos.

Confrontar, igualmente, esta síntesis con una sociedad fundamentada en unas ideologías y poderes contrarios al hombre y a Dios tales como los presenta el Evangelio de Jesucristo, y que generan desigualdades injustas, hambre, explotación económica... y preconizan un sentido de la libertad y de la salvación, opuesto o diverso al del Evangelio.

Dentro de las diferentes formas posibles de presentar esta síntesis de fe, hay temas que no pueden omitirse: el conocimiento de Dios. Revelación y fe. Tradición, Sagrada Escritura y Magisterio. Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo y de los hombres, Padre todopoderoso, creador de cielo y tierra. Creación del hombre a imagen y semejanza de Dios. El pecado original. La historia del pecado de los hombres. Promesa de salvación. Jesucristo, cumplimiento de las promesas del Antiguo Testamento. Jesucristo, Hijo de Dios y de María Virgen. Muerte y resurrección de Jesús: acontecimiento central de la salvación. Jesucristo «constituido Señor», «sentado a la derecha del Padre», que ha de venir a establecer la plenitud del Reino en la historia, en la resurrección de los

muestrados y en la transformación del cosmos. El Espíritu Santo, don escatológico de Dios Padre por Jesucristo. El Espíritu Santo en relación con la Iglesia y con el cristiano. La Iglesia, Pueblo de Dios y Cuerpo de Cristo. La Iglesia una, santa, católica y apostólica. Estructura de la Iglesia. El perdón de los pecados. La resurrección de los muertos. La vida eterna. El misterio de La Trinidad.

d) La vida del cristiano

131. Para iniciar en la vida evangélica el catequista ha de conocer lo que significa el proceso de conversión del hombre nuevo y justo, que vive conforme a la voluntad de Dios manifestada en Jesucristo.

La tarea del catequista como educador de la conciencia moral es fundamental y en nuestros días es una dimensión de importancia decisiva. Hay que atribuirle, por tanto, un espacio suficiente en la programación de la formación.

Sugerencias de algunos temas y del tratamiento de este núcleo. En este núcleo moral no pueden faltar ciertos temas, fundamentales siempre, pero hoy mucho más necesarios, dada la crisis humana que nos afecta: la conciencia moral, la ley, relación entre ley y libertad, el sentido del pecado... Hacer ver la necesidad de tomar una opción vital entre el bien y el mal, entre la vida y la muerte, entre los dos caminos de que habla el Evangelio. La cultura actual nos empuja a entender la libertad más como una liberación de lazos que como una responsabilidad comprometida. El catequista ha de descubrir que en la base de la vida del cristiano está su opción por Jesucristo: el seguimiento de su Persona y la adopción de los valores evangélicos que Él vivió. Este encuentro con la figura de Jesús ha de ser presentado como el descubrimiento de un tesoro escondido (cf. CC 210). Mostrar cómo la ley mosaica arranca de unas exigencias enraizadas en la naturaleza del hombre y cómo esta ley es asumida, profundizada y radicalizada por Jesús. Hacer ver cómo hoy ha de ser expuesta aplicándola a la situación en que vive el hombre contemporáneo. Hacer ver que los valores del Evangelio chocan con ciertos valores vigentes en la sociedad contemporánea. Hay que dotar al catequista de una cierta capacidad crítica frente a valores y pautas de conducta impuestos en la cultura moderna. Hay que fundamentar los mandamientos: no basta con mostrarlos e imponerlos. Situar la vida del cristiano bajo la acción del Espíritu tanto en la relación teologal con Dios, como en la relación con los hermanos en la comunidad, con los hombres e incluso con la naturaleza. Situar la vida cristiana en un tiempo de lucha, de tentación ante posibles caídas, necesitada de una conversión constante. Situarla en el «todavía no» de la realización del Reino, como una progresiva maduración hacia la perfección cristiana. En medio de estas dificultades la gracia todo lo puede. Capacita al cristiano para colaborar en la construcción de la civilización del amor, nos hace capaces de «nacer de nuevo» (cf. Jn 3,1s). Hacer ver al catequista que la vida del cristiano se sustenta en las virtudes teologales: fe, esperanza y caridad.

e) Los sacramentos

132. La exposición de los sacramentos como núcleo temático que requiere una presentación propia no puede faltar en la formación de un catequista. Forman parte de la estructura de la Iglesia y son los lugares de encuentro de Cristo y el don del Espíritu con el cristiano mediante la Iglesia.

Sugerencias para el tratamiento de este núcleo temático: no tratarlos como algo aislado sino en relación con la Iglesia, sacramento primordial de salvación. Tratar de comprender los sacramentos refiriéndolos a las necesidades de la vida de los hombres, a la historia religiosa de la humanidad, a la Historia de la Salvación y a Jesucristo y la Iglesia. Comprender en su mutua conexión los sacramentos de la iniciación cristiana, que tienen un carácter fundamental entre todos los sacramentos y en la vida cristiana. Poner en su justa luz tanto el don irrevocable de Dios que nos viene a través de los sacramentos como la colaboración personal del hombre con la acción divina. Ver en los sacramentos expresiones de la fe y de la oración de la Iglesia, estableciendo un equilibrio entre el aspecto individual y comunitario de los mismos. En particular, en el tratamiento de la Eucaristía no olvidar ninguno de los ricos elementos de la Sagrada Escritura y la Tradición. En el sacramento de la Penitencia hacer ver el ensamblaje entre la Palabra de Dios que ofrece el perdón, la

conversión individual con los elementos que comporta, la intercesión de la Iglesia, la absolución del sacerdote y la satisfacción—individual y comunitaria— por los pecados.

f) La oración

133. El catequista ha de estar capacitado para iniciar a los cristianos en la oración. Por consiguiente ha de conocer todo el significado del Padre nuestro y el pensamiento que lo sostiene y alimenta, ya que es el modelo de toda oración cristiana. Igualmente ha de estar iniciado en las formas más tradicionales de la oración de la Iglesia, especialmente en la plegaria de los salmos.

Algunas sugerencias para el tratamiento de este núcleo: mostrar el sentido escatológico del Padre nuestro, acentuado en los últimos tiempos por los estudios bíblicos y teológicos. El reconocimiento de esta dimensión escatológica, debilitada en muchos cristianos, ha de ser presentada con claridad como alimento de nuestra vida de fe y de nuestra esperanza. Ayudar al catequista a que sepa ir de la oración espontánea a la oración formulada y viceversa, buscando el equilibrio entre ambas expresiones. Iniciar en los temas fundamentales de los salmos, descubriendo en ellos el sentido cristológico y eclesial. Hacer ver, cómo responden a las situaciones más elementales de la vida y se identifican con necesidades inherentes a todos los hombres. Cuidar muy especialmente la iniciación a la celebración litúrgica, educando con todo cuidado las actitudes generales básicas presentes en toda celebración, conforme al deseo del Concilio Vaticano II (cf. SC 14). Se hará ver la íntima vinculación entre catequesis y liturgia, mostrando cómo en ésta se realiza la celebración del misterio de Cristo. Se pondrá de relieve, además, la importancia del año litúrgico en relación con la catequesis y se iniciará al catequista en el lenguaje de los símbolos.

g) Conocimiento del hombre

134. Mediante este núcleo temático se pretende capacitar al catequista para adquirir un conocimiento adecuado del destinatario de la catequesis y del mundo de hoy, sin olvidar que se trata de formar educadores de la fe y no especialistas en estas materias.

Al describir esta meta o dimensión de la formación (CF 115-117) ya hemos indicado los temas más importantes —sociológicos y psicológicos— que conviene desarrollar. Brindamos las siguientes sugerencias para su tratamiento. Aunque la formación se dirija a catequistas que van a trabajar en una etapa vital determinada (v.g. con niños) es muy conveniente proporcionarles, siquiera sea de forma sumaria, una visión de conjunto del ciclo vital humano, con sus diferentes etapas. En el tratamiento de los temas psicológicos es imprescindible distinguir bien los planos de la ciencia y de la teología, iniciando al catequista en un conocimiento sumario pero riguroso del sujeto de la catequesis y estableciendo un sano y fecundo diálogo entre fe y ciencias humanas. Insistimos en el necesario discernimiento evangélico de las diferentes tendencias o escuelas psicológicas en las que se inicie al alumno (CF 116), para hacer ver en qué medida el fondo filosófico en que se inspira cada una de ellas (psicoanálisis, no directividad, conductismo...) es compatible con el Evangelio. Es fundamental ayudar al catequista a descubrir aquellas experiencias del hombre de hoy —positivas o negativas— que le hacen interrogarse por el sentido trascendente de la vida o abrirse a él. Habrá de clarificarse con rigor la importancia y el sentido de la experiencia humana en la catequesis, mostrándola como un elemento fundamental del acto catequético (cf. CC 222-227). En relación con los aspectos sociológicos, se hará un análisis lúcido de la situación de la familia española hoy, mostrando cómo se está desarrollando de hecho la educación cristiana familiar. También es de vital importancia el estudio de la juventud española actual, los valores que le mueven y las nuevas tendencias a las que apunta. Es preciso capacitar al catequista para vivir la coyuntura actual de la sociedad y de la Iglesia, ayudándole a convertirse en educador de unos cristianos con talante nuevo, porque nueva es la situación que le toca vivir a la Iglesia en España. Este talante ha de caracterizarse por una presencia misionera más firme y confesante. Ha de ser una expresión de la novedad del vivir en Cristo. En el análisis sociológico del mundo de hoy es muy importante descubrir, desde la óptica del Evangelio, el trasfondo de la crisis económica que estamos viviendo, con sus consecuencias de inflación, paro, pobreza, delincuencia... y cómo ha generado una crisis cultural y de valores, de hondas repercusiones para la dignidad de la persona humana y para la vida de fe.

h) Pedagogía catequética

135. La capacitación pedagógica del catequista se realiza por medio de la pedagogía catequética. Este núcleo temático le hará descubrir las actitudes educativas y la «diversidad de métodos» (CT 51) que puede utilizar en la práctica catequética.

Junto a los temas que hemos sugerido más arriba (CF 118-120) presentamos aquí también algunas sugerencias para el tratamiento de esta dimensión formativa. En la situación presente, es esencial saber formar a los catequistas en una pedagogía integradora, capaz de «evitar tendencias unilaterales divergentes» y hacer que se fecunden mutuamente los polos de esas tensiones. El catequista ha de cultivar al mismo tiempo: la adhesión (*fides qua*) y el conocimiento de la fe (*fides quae*) (CT 20), la ortodoxia y la ortopraxis (CT 22), el conocimiento orgánico del mensaje cristiano y la atención a la experiencia humana (CT 22), las actitudes evangélicas personales y el compromiso social... La pedagogía catequética hará ver que el método inductivo «ofrece grandes ventajas» y que «es conforme con la economía de la Revelación» (DGC 72). Hay que evitar, sin embargo, presentarlo como el método exclusivo o entenderlo y ejercerlo reductivamente, partiendo sólo de los acontecimientos o experiencias de la vida cotidiana. La dinámica del método inductivo nos lleva del hecho (acontecimiento bíblicos, eclesiales, litúrgicos, personales, sociales...) al misterio, es decir, al sentido que tienen dentro del misterio de Cristo (cf. CC 219). Se insistirá en la necesidad de una pedagogía diferenciada, como consecuencia de la ley de la adaptación (CF 119). Esto llevará a clarificar la peculiaridad de los diferentes procesos de catequesis (con niños, jóvenes, adultos, tercera edad, deficientes...) o la necesidad de una catequesis diferenciada con los niños, por ejemplo, según hayan tenido, o no, un despertar religioso en la familia. Es conveniente hacer ver el papel que desempeñan las diferentes facultades humanas en el acto catequético: la afectividad, la inteligencia, la memoria, la voluntad... Hay que hacer frente a una cierta alergia intelectual (CC 86) bastante acusada, así como a una deficiente utilización de la memoria en la catequesis (CT 55). El escaso esfuerzo que se ha dedicado a la «memorización» en la catequesis en los últimos años ha tenido muy graves consecuencias para la vida de fe del pueblo cristiano que es esencialmente participación en la memoria viva de la Iglesia. Es imprescindible iniciar al catequista en el lenguaje simbólico. Para muchos jóvenes y adultos de hoy, no versados en lo específico del lenguaje religioso, nuestra forma de hablar de Dios y de la salvación no tiene sentido y les resulta extraño a sus categorías de lenguaje. Hay que partir del supuesto de que la realidad última de la fe —la realidad de Dios— es indefinible e inaprensible y sólo se puede acceder a ella mediante aproximaciones y símbolos. Es necesario que el catequista aprenda a conocer y evaluar los instrumentos catequéticos (Catecismos, Guías...).

4. Algunas modalidades de formación de catequistas

136. Entrando en el terreno de la organización práctica de la formación de los catequistas señalamos aquí algunas modalidades formativas que conviene fomentar entre nosotros.

En muchos sitios ya se están realizando. En otros será necesario suscitarlas, de acuerdo con las necesidades de cada diócesis.

Al describirlas someramente, recordamos diversos aspectos descritos en páginas anteriores.

a) Concienciación de la comunidad cristiana

137. Aunque no es, en rigor, una modalidad de formación de catequistas es, sin embargo, un paso previo e imprescindible. La comunidad cristiana que es, toda ella, responsable de la educación en la fe, muchas veces tiene una idea poco adecuada de lo que es realmente la catequesis como acción eclesial. Esto hace que la misión del catequista no sea suficientemente valorada y reconocida.

Es necesario: despertar la conciencia de la comunidad cristiana acerca de la importancia de la catequesis en la vida de la Iglesia y acerca de su propia responsabilidad en esta tarea. Suscitar en la comunidad vocaciones para la catequesis. Algunos temas fundamentales estarán en la base de esta toma de conciencia: el carácter propio de la catequesis en la acción evangelizadora, su carácter prioritario, la común responsabilidad de toda la comunidad cristiana, la figura del catequista, la organización de la catequesis, la vinculación de la catequesis con la educación cristiana en la familia... Un medio muy eficaz para lograr este propósito es la información constante y sistemática a la comunidad de lo que se está haciendo en la catequesis. Puede hacerse por medio de murales, de exposiciones de los trabajos de los catequizandos. Otro medio importante es aprovechar, como tiempo de gracia, los momentos o etapas de la vida en que los padres, novios, solicitan de la Iglesia un sacramento. Se debe inculcar entonces la importancia de la catequesis. En días señalados (comienzo del curso, día de la catequesis, día del envío del catequista...) una predicación adecuada sobre alguno de los temas apuntados es muy importante.

b) Jornadas o cursillos de sensibilización inicial

138. Esta modalidad formativa está dirigida a los catequistas que empiezan. No se les puede encomendar la tarea de catequizar sin ayudarles a enmarcar y dar sentido a lo que van a hacer.

Se pretende, por tanto: proporcionar una primera y elemental orientación para poder ejercer adecuadamente la catequesis. Despertar o consolidar la vocación del catequista. Suscitar el deseo de una formación más profunda. Esta sensibilización inicial puede realizarse de diversas formas, según la intensidad con que se deseen alcanzar estos objetivos primarios: una jornada de reflexión con los catequistas de la parroquia, varios fines de semana de estudio y convivencia, un cursillo intensivo (que puede alcanzar 20-30 horas). En cualquiera de los casos se persigue una primera aproximación a la catequesis. En la base de esta modalidad de iniciación están los temas básicos de la catequización: qué es la catequesis, quién es el catequista, qué anuncia la catequesis, a quién transmite ese anuncio y cómo lo hace. Como se ve, aunque sea a un nivel elemental, ya están aquí presentes todas las dimensiones de la formación del catequista (CF 105) y conviene desarrollarlas también con el clima comunitario y la pedagogía antes apuntados (CF 121s).

c) Preparación y revisión de la catequesis

139. Esta modalidad formativa es —como hemos dicho— la más frecuente entre nosotros (CF 94), aunque es preciso reconocer que más de la mitad de nuestros catequistas todavía no la practican metódicamente. Es una modalidad directamente vinculada a la práctica de la catequesis, y, siendo su duración indefinida —una sesión de catequesis siempre ha de ser preparada—, tiene enormes posibilidades de formación. Por eso sugerimos para potenciarla las siguientes pistas, que se deben seleccionar según las necesidades de cada comunidad. Ampliarla en extensión, haciendo que la realice el mayor número posible de catequistas. Vincularla muy estrechamente a la acción catequética, mediante una revisión rigurosa de ésta (inspirándose, tal vez, en el método de la revisión de vida). Hay que tender a convertirla en un método de formación por la acción. Vivenciar con el grupo de catequistas los temas que después se van a compartir con los destinatarios de la catequesis. Hacer vivir a los catequistas la experiencia religiosa que deben ellos hacer vivir luego a los catequizandos es un excelente método de formación. Fomentar con los propios catequistas un proceso de maduración en su propia fe (CF 113-114). Crear en el grupo de catequistas una vivencia comunitaria de fe y caridad (CF 123), germen renovador de la vida parroquial. Posibilitar, en muchos casos, una formación más orgánica, sin menoscabo de la preparación inmediata a la catequesis y de su revisión, y como complemento a la misma. Podría lograrse, por ejemplo, dedicando de vez en cuando (v.g. una vez al mes) una reunión de preparación global a un núcleo de temas que se van a desarrollar en la catequesis (v.g. sobre Dios Padre, o sobre Jesucristo, o sobre la Iglesia...). Cada uno de estos núcleos puede ser trabajado de forma globalizada, es decir, analizando las diferentes dimensiones que comporta: experiencia, dimensión bíblico-teológica, aspectos psicológicos, tratamiento pedagógico según la edad. La gran ventaja de esta modalidad estriba en la confrontación continua con la práctica catequética que establece, permitiendo explotar todas las posibilidades educativas que tiene la acción. Su mayor inconveniente, sin embargo, es la dificultad de ahondar más

sistemáticamente en los diferentes aspectos de la catequesis (contenido, conocimiento del destinatario...), arrastrados por las necesidades de lo inmediato.

d) Escuelas de catequistas (nivel básico)

140. Son, precisamente, las Escuelas de catequistas las que tienen la finalidad de proporcionar una formación orgánica y sistemática. En un primer nivel, básico, esta formación orgánica es de carácter fundamental.

En estas Escuelas, durante un período de tiempo suficientemente amplio, se recogen los temas principales de los núcleos de programación, el catequista trabaja personalmente en su casa y se reúne periódicamente —semanal o quincenalmente— en un grupo reducido de catequistas (10-15) para poner en común, bajo la guía de un formador cualificado, lo que cada uno ha reflexionado.

No es necesario, por tanto, que los catequistas se desplacen a los grandes centros de población para recibir una formación orgánica, sino que ésta se realiza sobre el terreno, cercana a la experiencia, en el clima de la problemática concreta de la catequesis local. Un conjunto de parroquias próximas pueden solicitar a la Escuela este servicio. Se crean, así, equipos de catequistas en la misma base, sin arrancarles de su medio. Pensamos que es un sistema válido para la formación de catequistas de ambiente popular (CF 104).

Bajo el punto de vista pedagógico es un sistema que permite un estudio vivo de los diferentes temas debido a su metodología activa, personalizada y cercana a la vida. El catequista va a la reunión no sólo a oír sino a poner en común lo que ha trabajado en sus horas de reflexión y estudio.

Una ventaja indudable de este sistema es que, si la Escuela cuenta con suficiente número de formadores cualificados, se puede extender la formación a muchos catequistas. El hecho de que sea el formador sólo el que se desplace hace que la acción educativa gane en extensión.

Es muy conveniente organizar cada cierto tiempo —mensual o trimestralmente— convivencias entre varios grupos de catequistas para abrir horizontes, contrastar experiencias y adquirir un sentido más vivo de la pertenencia a la Iglesia particular.

El método descansa en dos pilares fundamentales: los formadores cualificados —necesarios en esta modalidad pues no se trata de una formación a distancia— y el rigor de los materiales sobre los que el catequista va a estudiar y reflexionar.

e) Escuelas de animadores y de especialización (nivel medio)

142. Junto a la formación orgánica, de nivel fundamental, dirigida a los catequistas de base, se hace imperiosa —en nuestra coyuntura catequética actual— una formación más profunda, que se sitúa a un segundo nivel.

La necesidad de este tipo de formación viene pedida por unos destinatarios que asumen mayores responsabilidades en el campo de la catequesis. Se trata de los animadores de los catequistas en las parroquias, que asumen responsabilidades de coordinación y formación en los grupos de catequistas, así como de programación de la acción catequética en las comunidades cristianas. Se trata de los catequistas que se sienten vocacionados y son llamados a insertarse en el ministerio catequético de la Iglesia local con una dedicación plena y una mayor disponibilidad. Esto en el supuesto de que no sea más conveniente formarles junto a los que asumen otros servicios laicales (CF 91). Se trata de los catequistas que asumen determinadas especializaciones catequéticas, menos desarrolladas entre nosotros, y que exigen un nivel más profundo de formación por su especial dificultad: catequista de adultos, de jóvenes, de la tercera edad, de deficientes... Pensamos, obviamente, en los que asumen la responsabilidad directa de la catequesis y no en los que participan como colaboradores o auxiliares, para quienes puede serles suficiente una formación más sencilla.

Los contenidos de esta formación son los que hemos indicado en las orientaciones para la programación, desarrollados con una profundidad mayor que en las Escuelas básicas. Es lógico que se den, también, contenidos específicos nuevos, acomodados al tipo de acción catequética que va a desarrollar el destinatario. Las diferentes especializaciones han de desarrollarse sobre la base de un tronco común.

La duración de estos estudios es, también, mayor. Situada a lo largo de dos o tres años (dos o tres veces por semana, a razón de tres horas cada vez) puede alcanzar las 400-500 horas lectivas.

Sería conveniente que algún Centro catequético ofreciese esta misma formación de manera intensiva, tal vez en régimen interno, para aquellos seglares que deseen formarse aprovechando una excedencia laboral. La duración quedaría concentrada en un semestre, por ejemplo.

Esta Escuela o Centro catequético es, por su propia naturaleza, de ámbito diocesano. Incluso puede ser aconsejable organizarla a un nivel interdiocesano. «Créense Escuelas de formación catequética en el ámbito de cada diócesis o al menos en el de las Conferencias Regionales que estén orientadas a la preparación de personas dedicadas a tiempo completo a la tarea de catequizar» (DGC 109).

No está de más recordar, al organizar este nivel de formación, la conveniencia de una vinculación realista —para no multiplicar esfuerzos— con otros Centros ya existentes en la diócesis (de Teología, de Sagrada Escritura, de Pastoral...).

f) Institutos o Centros superiores de formación catequética

143. La formación catequética de nivel superior, a la que puedan acceder tanto los sacerdotes como los religiosos y seglares, es de una importancia vital para el movimiento catequético en nuestras Iglesias particulares. Si nuestra acción catequizadora no se ve acompañada por una reflexión profunda y una investigación adecuada, la catequesis de la Iglesia en España no alcanzará toda su hondura ni habrá una verdadera renovación.

Aunque la organización de esta formación, vinculada a los estudios universitarios, desborda la responsabilidad inmediata de la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis queremos contribuir a ella —desde nuestro campo— con algunas reflexiones.

La formación catequética de nivel superior trata de alcanzar varios objetivos: preparar responsables de catequesis en el nivel diocesano (directores diocesanos, de zona...) o dentro del ámbito de las Congregaciones religiosas (cf. DGC 109); formar profesores de Catequética (en Seminarios, Casas de formación, Escuelas de catequistas...); promover la investigación catequética.

La variedad de estos objetivos hace que, a menudo, coincidan dos tipos de alumnos con intereses diversos. Los que habiendo concluido el primer ciclo de Teología eligen cursar el segundo ciclo con vistas a obtener la licenciatura. Con frecuencia carecen de una experiencia catequética suficiente. Los que después de años de trabajo catequético y con responsabilidades concretas en este campo acceden a la formación para prepararse para un puesto que se les va a encomendar. Conviene que el Instituto o Centro dé respuesta adecuada a la problemática que esto plantea. Lo fundamental es procurar que los alumnos que cursen estos estudios estén realmente motivados hacia la catequesis y que su obispo o superior siga de cerca su formación. Conocer, siempre que sea posible, la responsabilidad catequética concreta a la que se van a entregar tiene indudables ventajas para estructurar e individualizar los estudios.

Por su propia naturaleza esta formación es de ámbito interdiocesano, nacional o, incluso, internacional. Hay que tener en cuenta que el hecho de tener uno u otro de estos caracteres afecta a la manera de plantearse la consecución de los objetivos de la formación.

Teniendo en cuenta las necesidades del movimiento catequético en la Iglesia española, es importante determinar el número de estos Institutos que realmente se necesita, su ubicación más

adecuada y si es conveniente, por el bien general, que cada uno tienda a una originalidad o especialización propia. Corresponde al Episcopado español decidir sobre estas cuestiones.

Otra cuestión importante se refiere a la relación de la reflexión e investigación catequéticas de estos Institutos con la realidad de la acción catequizadora que realizan, de hecho, nuestras Iglesias particulares. Manteniendo la necesaria autonomía de toda institución de pensamiento, la reflexión ha de tener como objetivo último impulsar el movimiento catequético real, de acuerdo con sus propias posibilidades internas. Organizar una enseñanza catequética para elites desconectadas de la acción pastoral real sería hacer un trabajo poco fecundo. Se impone, por consiguiente, un diálogo constante entre la Jerarquía y la dirección de estos Centros.

En lo que concierne al profesorado, y aparte de lo indicado más arriba (CF 111. 123), conviene que en el cuerpo de profesores de un Instituto de catequesis haya un núcleo suficiente de verdaderos especialistas en Catequética, capaces de dotar al Centro de una personalidad catequética propia. Dotar al Centro de una pedagogía global, coherente con lo que es la catequesis (CF 121-125), es determinante en la configuración de un verdadero Instituto de catequesis.

En este sentido, un punto que hay que cuidar con esmero es crear los cauces necesarios para que se dé una interconexión fecunda —en la docencia de las diferentes disciplinas— entre teología, catequesis y ciencias humanas.

g) La formación permanente

144. La formación permanente tiene una peculiaridad propia dentro de la formación total de los catequistas. Supone recibida la formación orgánica inicial. Sus destinatarios, por tanto, son los catequistas ya formados básicamente.

El Directorio general de pastoral catequética subraya la importancia de este tipo de formación: «La formación permanente abarca modalidades y grados diversos. Es necesario que se prolongue durante el tiempo que los catequistas permanezcan dedicados a su misión. Por eso corresponde tanto a los responsables de la catequesis como a los simples catequistas.

La formación permanente no se puede pedir sólo a los organismos centrales, también deben preocuparse de ella las comunidades cristianas más pequeñas, por la sencilla razón de que las situaciones y necesidades de la catequesis pueden variar de un lugar a otro» (DGC 110).

Por su parte, el Código de Derecho Canónico, que recoge la recomendación del Concilio Vaticano II dirigida a los obispos para que «procuren que los catequistas se preparen debidamente» (CD 14), concreta esta recomendación pidiendo «que se les de una formación permanente» (c. 780).

La importancia de la formación permanente estriba —creemos— en lo siguiente. Durante el período —limitado— de la formación orgánica fundamental, el mejor fruto que puede obtenerse es el de aprender a formarse. Se ha alcanzado la meta esencial de una formación básica cuando ésta da al catequista un método de formación y un amor a este método.

Por tanto, entre otras cosas, la formación permanente asegura y consolida las aportaciones de la formación inicial, decantándolas con la distancia del tiempo y purifica dicha formación, simplificándola, no por olvido sino por una profundización en lo que es esencial, y enriqueciéndola por la práctica de la catequesis. La formación permanente abre al catequista a nuevas dimensiones, impidiéndole estancarse y repetirse y crea en el catequista un método personal de catequesis, acomodado a su temperamento y cualidades. Por consiguiente, en todo plan diocesano de formación de catequistas, la formación permanente debe encontrar su puesto.

Aunque —como indica el DGC— las modalidades y grados son muy diversos, no debe caerse en la tentación de abandonar esta formación a la improvisación. Ha de ser programada anualmente, de acuerdo con las necesidades más imperiosas de los catequistas en ejercicio. Éstos deben participar de manera activa en esta programación.

Para enriquecimiento mutuo, necesitaremos contrastar diferentes proyectos diocesanos de formación permanente, con vistas a ir dotando a esta formación de toda la densidad que requiere.

Entre las muchas actividades de formación permanente que se pueden realizar, ya que dicha formación —aunque practicada en momentos más o menos periódicos— tiene una duración indefinida, señalamos —siempre a título orientativo— algunas posibles: fomentar la lectura y el estudio personal en el catequista. Pasado el período intensivo de formación, hay más sosiego para el estudio reposado de las obras más sobresalientes que se han ido recomendando. Tomar contacto con obras teológicas sólidas, así como con otras de carácter antropológico o pedagógico, es fundamental. Organizar encuentros, jornadas o cursillos con carácter monográfico, para profundizar aspectos tanto del contenido como de la pedagogía de la catequesis. Por ejemplo, temas bíblicos, dogmáticos o morales fundamentales; cursillo de dinámica de grupo; iniciación al lenguaje audiovisual y al lenguaje simbólico. Planificar juntos el curso catequético, evaluando el recién transcurrido, y hacerlo de manera participativa (en el nivel parroquial, de zona o diocesano), estudiando las necesidades y posibles respuestas, tiene una dimensión formativa indudable. Presentar a los catequistas aquellos acontecimientos o documentos oficiales que afectan directamente a la catequesis. Por ejemplo, «La catequesis de la comunidad», el presente documento, los Catecismos oficiales, el Congreso de catequistas. Crear cauces para una relación más estrecha entre los sacerdotes, religiosos y seglares que trabajan juntos, aprendiendo a estudiar, celebrar y convivir en común. En este mismo sentido, son muy formativas las jornadas de encuentro con padres o con los educadores y profesores de religión, para abordar juntos el tema común de la educación de la fe. Organizar jornadas de estudio (nacionales, interdiocesanas o diocesanas) sobre temas nucleares de la acción catequética, con la participación de especialistas cualificados.

CONCLUSIÓN

Al término de nuestra reflexión no podemos menos de reconocer el trabajo abnegado de tantos y tantos catequistas dispersos a lo largo y lo ancho de nuestros pueblos y ciudades. Valoramos profundamente su dedicación y su entrega a la causa del Evangelio. Creemos que, a través de estas páginas, ha quedado claro la importancia que atribuimos a la persona y a la misión del catequista en la Iglesia, así como nuestro deseo de que la tarea catequizadora les haga crecer como personas y como creyentes.

En un tiempo difícil, grave por los problemas humanos y religiosos que encierra, la Iglesia ha iluminado e impulsado el quehacer de los catequistas como un elemento decisivo en la evangelización. Pensamos en documentos como el Directorio General de Pastoral Catequética, el Mensaje al Pueblo de Dios del Sínodo de 1977, la exhortación apostólica *Catechesi tradendae*, las catequesis de Juan Pablo II dedicadas, en los miércoles de este año, a la catequesis en la Iglesia, nuestra propia reflexión sobre «La catequesis de la comunidad», documentos de otros episcopados... En todos ellos la catequesis aparece como uno de los principales motivos de máxima esperanza para la vida actual de la Iglesia.

Por eso, aunque es verdad que las dificultades actuales de la educación en la fe recaen, en gran parte, sobre el catequista, también es verdad que la vocación a la que son llamados y la tarea que se les encomienda puede superar, con la fuerza del Espíritu, todos los obstáculos. Es la razón por la que los obispos nos hemos sentido urgidos a descubrir a los catequistas la grandeza de su vocación. Podríamos aplicarles la famosa expresión de San León Magno: «Reconoce, catequista, tu gran dignidad».

Con estos sentimientos, dirigimos nuestra mirada a María, la Virgen Madre de Dios, «Estrella de la evangelización» (EN 81), «Madre y modelo de catequistas» (CT 73). En sus manos ponemos la vocación de los catequistas y la causa de la catequesis.

Le pedimos que nos conceda a todos los que nos dedicamos a esta gran tarea evangelizadora, tan ligada a la función maternal de la Iglesia, «Madre y Maestra», un corazón y afecto maternos para saber alimentar a los cristianos con el pan de la Palabra de Dios.

«La Virgen en su vida fue ejemplo de aquel afecto materno con el que es necesario estén animados todos los que, en la misión apostólica, cooperan para regenerar a los hombres» (LG 65).

Bajo su mirada, y fortalecidos por su inspiración, podremos hacer realidad el deseo con el que el Episcopado español cerraba su reciente instrucción colectiva: «Seamos ya desde ahora misioneros de las generaciones futuras, constructores de la Iglesia del futuro, servidores de la justicia, de la paz y del progreso en el camino hacia la Casa del Señor» (TDV 68).

8 de septiembre de 1985

NOTAS

- ¹ Nos referimos, sobre todo, al *Programa pastoral de la CEE* (P) y a *Testigos del Dios vivo* (TDV).
- ² Nos referimos al *Plan de acción de la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis. Trienio 1984-1987* (PA).
- ³ Recientemente los obispos españoles nos hemos planteado estas preguntas que miden todo el alcance de la renovación exigida a nuestra Iglesia en esta hora: «¿Cómo hablar de Dios y de su Reino en el mundo actual? ¿Cómo suscitar en nuestros hermanos cristianos un mayor dinamismo evangelizador y misionero? ¿Cómo intensificar nuestro servicio al mundo en que vivimos?» (TDV 5).
- ⁴ Hay que distinguir varios tipos de ministerios: los ministerios con orden sagrado, que se confieren por el sacramento del Orden (episcopado, presbiterado, diaconado) y los ministerios sin orden sagrado, que pueden ser asumidos por los religiosos no sacerdotes y por los seglares. Los ministerios sin orden sagrado son aquellos que están formalmente instituidos con carácter estable y se confieren mediante el rito litúrgico prescrito. El Código de Derecho Canónico habla del ministerio del lector y del acólito (c. 230). Las Conferencias episcopales pueden pedir a la Sede Apostólica la institución de otros ministerios que consideren necesarios o muy útiles en la propia región. Entre éstos están, por ejemplo, el del catequista y otros que se confían a quienes se ocupan de las obras de caridad (cf. *Ministeria quaedam*, de Pablo VI). Junto a los ministerios instituidos existen, asimismo, oficios eclesiales (c. 226), encargos (c. 228) y servicios (c. 231) a los que un laico puede ser llamado y dedicarse de modo permanente o temporal.
- ⁵ Obviamente, nuestra reflexión no se opone a que un día la CEE pidiera a la Santa Sede el reconocimiento de la tarea del catequista plenamente dedicado como un ministerio instituido, bajo unas determinadas condiciones.
- ⁶ Hemos tratado de esclarecer el carácter propio de estas acciones eclesiales y su mutua complementariedad en *La enseñanza religiosa escolar*, junio 1979 (58-82) en *La catequesis de la comunidad*, febrero 1983 (39-47, 57-65, 250).
- ⁷ Esta solicitud está muy especialmente subrayada en las epístolas paulinas: 1 Cor 4,15; Gál 4,19; 1 Tes 2, 7-8; 2 Cor 6,13.
- ⁸ CT 5-9 desarrolla toda su reflexión partiendo de la persona de Jesús en su condición de Maestro.
- ⁹ El tema de la alegría cristiana fue desarrollado por Pablo VI en su exhortación apostólica *Gaudete in Domino* (1975).
- ¹⁰ Ver el «Programa pastoral de la CEE» (P, acción 2).
- ¹¹ En CC 297-301 expusimos el sentido y los aspectos en que debe fijarse este análisis de situación.
- ¹² Las referencias a otros números de este mismo documento, *El catequista y su formación*, las indicamos con la sigla CF.
- ¹³ El análisis de lo que debe ser la formación catequética del futuro sacerdote o del religioso y de la religiosa desborda el objetivo de nuestro documento. Creemos, no obstante, que muchas de las sugerencias que aquí indicamos pueden ser tenidas en cuenta por los responsables de dicha formación.
- ¹⁴ Cf. CONSEJO PONTIFICIO PARA LOS LAICOS, *La formación de los laicos*.
- ¹⁵ Cf. CONFERENCIA EPISCOPAL ITALIANA, *La formación de los catequistas en la comunidad cristiana* (1982) n. 15.
- ¹⁶ Un modelo de gran sencillez y precisión en el que inspirarse es EN.
- ¹⁷ CC 298-299: ahí hemos indicado los criterios más importantes que pueden ayudar a hacer este análisis de la acción evangelizadora y de la catequesis en una diócesis.
- ¹⁸ Pensamos en los siguientes: LG 2-4; DV 2-6; SC 5-6; CONC. VAT. II, Decr. *Ad gentes* [AG] 2-5; CONC. VAT. II, Const. past. *Gaudium et spes* [GS] 2. 10b. 22. 32. 38-39.